

E

11
CIO

COFFE

SPANIOLA

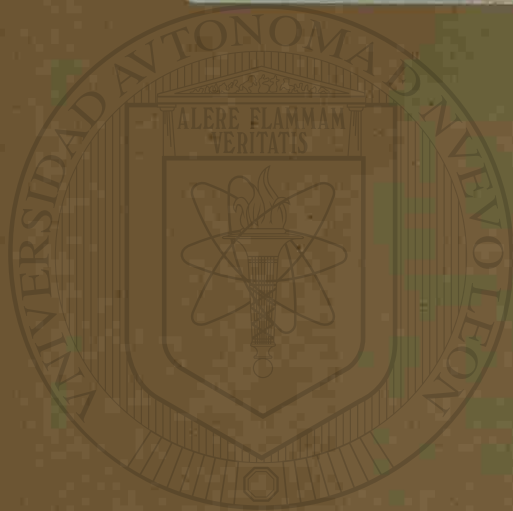
VIE BALVA

AI
PQ2211
S3
S98

R. G.



1020026206

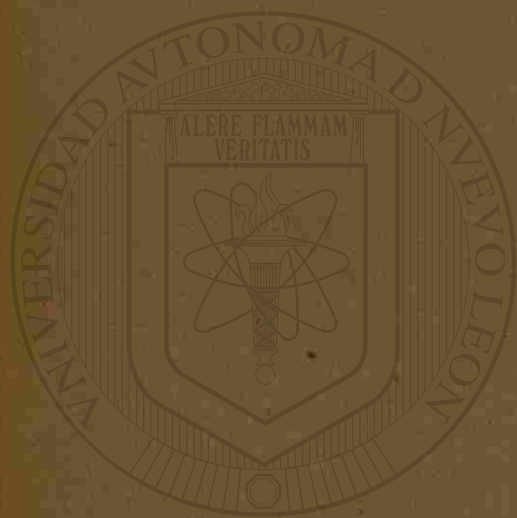


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





SUFRIMIENTO QUE SALVA

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

29852

FRANCISCO COPPÉE
DE LA ACADEMIA FRANCESA

SUFRIMIENTO QUE SALVA

*Infirmitas hæc non est ad
mortem, sed pro gloria Dei.*
San Juan, X. 4.

VERSION ESPAÑOLA
DE
VICTOR FERNANDEZ FERRAZ



MEJICO FONDO
TALLERES TIPOGRAFICOS "J. DE ELIZALDE"
PUERTA FALSA DE STO. DOMINGO S.
GUADALUPE COVARRUBIAS

1903

86157



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

543

PQ 222

C3

298



A mi piadoso y sabio amigo

El Señor abate FOUQUET,

Limosnero del Liceo San Luis.

Profesor honorario de la Facultad de Teología

In Christo Patri,

Filius.

F. C.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "DON FERNANDO REYES"
 FRANCISCO RICARDO COVARRUBIAS

18198



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE

DIRECCIÓN GENERAL DE BIB

DOSPALABRAS AL LECTOR:

A la amabilidad del señor Don Fernando Luis J. de Elizalde, persona de exquisito gusto literario, debo el honor de traducir la presente obra de Francisco Coppée.

Este honor se ha trocado para mí en un verdadero deleite espiritual, pues las páginas del libro de Coppée, expresión viva de la sinceridad más cabal, á parte de su gran mérito literario, están sombreadas acá y allá por pensamientos morales y religiosos é inundadas por esa luz superior que ilumina con hermosa claridad los caminos oscuros de la vida.

Su libro no es sólo una producción literaria cualquiera. Su aparición en Francia, en ese hermoso país hoy tan castigado por el azote del sectarismo, ha sido un verdadero acontecimiento literario. Su lectura ha regocijado muchos corazones lacerados por el dolor, ha enjugado muchas lágrimas y cicatrizado muchas heridas, derramando consuelos inefables, regocijando á los creyentes y haciendo ver á muchos tibios aquella verdadera luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo. ®

Creemos que no estará de más una versión castellana de este hermoso libro, y por eso hemos puesto gustosos manos á la obra.

EL TRADUCTOR.



PREFACIO

En el decurso del año pasado, después de una serie de graves quebrantos de salud que me pusieron por dos veces en peligro de muerte, volví á las prácticas de la religión católica que había abandonado desde mi adolescencia.

Publiqué entonces en un periódico parisien- se un artículo semanal en que hablaba, siguiendo los vuelos de mi fantasía, de los asuntos más diversos. Durante mi larga enfermedad, y no obstante mis crueles sufrimientos, no dejé de colaborar en el periódico y la mayor parte de mis crónicas fechadas en 1897 fueron escritas con mano febril, apoyado en la almohada y guardando la molesta posición de un achacoso lleno de vendajes, semejante á una momia del antiguo Egipto.

El público recibió muy bien aquellos artículos y su benevolencia debíase menos al mérito de los escritos—admitiendo que tuvieran alguno—que á su sinceridad. En ellos manifestaba yo todo lo que pensaba y sentía con absoluta franqueza, que á mis amigos les parecía á veces temeraria. La influencia de los nuevos sentimientos que inundaron mi corazón en el momento más crítico de mi enfermedad y que desde entonces lo penetraron por completo, forzosamente debía manifestarse en mis espontáneos escritos.

Algunas personas, cuyo parecer respecto en sumo grado, me aconsejan que reuna las páginas en que narré á los lectores mi conversión á Dios. Este libro responde á aquellos prudentes consejos, y en él no debe buscarse plan ni composición, pues no es otra cosa más que una serie de artículos de periódico; mas que despertará, así lo espero, algunas simpatías en las almas cristianas y no será quizás inútil para los muchos que, habiendo abandonado las creencias de su juventud, lo deploran ya hacia el fin de su vida, sin tener sin embargo, el valor de pedir á Dios que les devuelva esa fuerza interior por ellos y para ellos perdida.

A propósito de estos espíritus confusos, para quienes la duda no es la blanda almohada de que habla Montaigne, y que se de tienen, digá-

mosio así, al borde de la fe, coloco al principio de este libro la relación sucinta de la revolución moral en mí realizada. Durante mucho tiempo me ha sucedido lo que á ellos y he sufrido la misma enfermedad. Les ofrezco el remedio que me ha curado.

Fui cristianamente educado, y después de mi primera comunión cumplí con mis deberes religiosos durante muchos años con sencillo fervor. Lo diré francamente: la crisis de la adolescencia y la vergüenza de hacer ciertas confesiones me impelieron á renunciar á mis piadosas costumbres. Muchos que están en este caso convendrían si fueran sinceros, en que lo que los ajeó de la religión fué la regla severa que ésta impone á todos respecto á los sentidos, y en que sólo más tarde han pedido á la razón y á la ciencia argumentos metafísicos que les permitan no molestarse. En cuanto á mí, al menos, así sucedió. Dejé mis buenas prácticas por mal entendida vergüenza y todo el mal procedió de esta primera falta contra la humildad que considero como la más necesaria de todas las virtudes.

Dado este paso, en mi camino había forzosamente de leer libros, oír palabras y presenciarse ejemplos destinados á convencerme de que nada hay más legítimo en el hombre que obedecer á su orgullo y á su sensualidad; y muy pronto

llegué á ser indiferente á toda preocupación religiosa. Mi caso, bien se ve, es trivial. Fué la vulgar deserción del soldado cansado de la disciplina. No era que aborreciese la bandera bajo la cual había servido: había huido de ella y la olvidaba.

Hoy que he vuelto á encontrar la fe me preguntó aún si llegué á perderla por completo. Pueden encontrarse en mis escritos algunas páginas, aunque raras—de que reniego y detesto—en las cuales he hablado de las cosas religiosas con torpe ligereza y aun á veces con la más culpable audacia; en vano se buscaría en ellas al blasfemo.

Cuando, por casualidad, entraba en una iglesia, el respeto me esperaba en el umbral y me acompañaba delante del altar. Siempre me conmovieron las ceremonias del culto por su venerable carácter de antigüedad, su fausto armonioso, su solemne y penetrante poesía. Nunca introduje el dedo en la pila del agua bendita sin estremecerme: tal vez sería el remordimiento.

Sí, cuanto más lo pienso más creo en que un poco de la fe cristiana dormitó siempre en el fondo de mi corazón. Su huella se encontraba sin duda en la resignación con que siempre acepté las desgracias de la vida. Es verdad que desde hace mucho tiempo he sido colocado en

tre aquellos á quienes se ha convenido en llamar felices; pero mi juventud fué muy dura. Yo conocí la pobreza, casi la miseria, sin mencionar otras penas aún peores. Nunca lancé un grito de protesta.

Beati mites, dijo Nuestro Señor en la montaña. Yo, en efecto, he tenido la dicha de que en el ocaso de mi vida, cuando ha reaparecido el sufrimiento y haciendo mal uso en los días prósperos de los favores de que me había colmado, dejara Dios caer sobre mi un rayo de su misericordia y me devolviera los consuelos de la oración y de la fe.

Esta conversión—para llamarla por su nombre—fué rápida sin duda, pero no repentina, ni acompañada de circunstancias extraordinarias. Sin embargo, debo atribuirla á la gracia divina; pues, cuando comparo mi estado moral al en que me encontraba hace algunos meses, me quedo estupefacto ante tal cambio, y me parece milagroso. El beneficio que de ello recibo está al alcance de todos. Para obtenerlo basta pedirlo con humilde y sumiso corazón.

Siquier no sea yo más que un poeta, un escritor y aunque mi vida intelectual se haya ocupado casi toda en el trabajo literario y en el cuidado de mi arte, á veces era atormentado, como todo hombre que piensa, por el pavoroso misterio que nos rodea y me preguntaba: “¿Por

qué la vida? ¿Por qué la muerte?" y sobre todo: "¿Por qué el dolor? ¿Por qué las lágrimas?"

En presencia de estos terribles problemas el espíritu humano, como es sabido, sólo ha encontrado soluciones inciertas y además contradictorias. Ninguna me satisfacía. Los que descartan la creencia en un Dios que nos ve y nos juzga y en nuestra responsabilidad más allá de esta vida, me repugnaban particularmente. Ante el espectáculo de tantas injusticias la suposición de que el bien y el mal realizados por el hombre no tendrían consecuencias más que en este mundo, me parecía completamente absurdo. En otros términos, yo he sentido siempre la necesidad de Dios.

Crear en Dios y en un alma responsable no es evidentemente, como vida interior, más que un *minimum*. Por frío y mediano que sea, en este grado, el sentimiento religioso, basta, sin embargo, para sostener á muchos hombres en sus deberes evidentes. Pero vivir según el honor cuando uno es hijo de gentes honradas y cuando de niño no se han presenciado más que buenos ejemplos, no es, ciertamente, gran mérito. Mi conciencia, sobre todo de algunos años acá, era más exigente. Cuando pensaba en mi último fin y trataba de juzgarme como un día me juzgaría Dios, no quedaba contento

de mí mismo. Cuando recapitulaba mi pasado con frecuencia tenía de qué avergonzarme y sentía que pesaba sobre mí la dura carga de mis faltas. Por debilidad, por cobardía no reformaba mi conducta; mas es preciso creer, lo repito, que había en mí algo de cristiano, porque muchas veces por el pensamiento hacía una especie de acto de contrición y que había también algo de católico, porque toda muerte que no fuera precedida de la confesión y del perdón me parecía espantosa.

El Dios de indulgencia y de bondad me reservaba algo mejor que un prematuro y tembloroso arrepentimiento *in extremis*.

En el mes de enero de 1897, durante mi permanencia en Pau, en donde, sufriendo hacia ya algunos meses, había ido á refugiarme del invierno, tuve que llamar repentinamente á mi cirujano de París y que sufrir una peligrosa operación. Entonces me di cuenta exacta del peligro que me amenazaba y supliqué á la excelente hermana dominica que velaba junto á mi lecho—á la cual consagro un recuerdo en este libro—que fuera á buscarme un confesor en caso de que mi estado se agravase. Pero mi amigo el doctor Duchastelet me salvó la vida por primera vez y sólo pensé en la pronta y completa curación que se me había prometido.

La advertencia estaba clara, pero no fué entendida; y tiemblo hoy al recordar mi culpable indiferencia y mi imprudente ligereza. He querido, por lo demás, mostrar cuán profundo era todavía en mi alma por esta época el olvido de toda idea religiosa trayendo á este volumen las páginas intituladas *Campanas y Lilas*. Cuando las escribí, hacía algunas semanas que había regresado á París, pero aún experimentaba la languidez de la convalecencia. Por su lectura se verá que el día de Pascuas de aquel año podía pasar junto á una iglesia sin experimentar ni siquiera el deseo de entrar en ella, yo, que al año siguiente, por la misma época, había de comulgar humildemente cumpliendo con el deber de todo cristiano.

La mejoría de mi estado físico fué de corta duración. Al principio del mes de junio una nueva intervención del bisturí, más vigorosa que la primera, me retuvo una vez más en el umbral de la muerte. Esta recaída me obligaba á guardar una penosa inmovilidad durante muchos días. Entre ellos pasé algunos terribles. Entonces fué cuando mi espíritu se volvió hacia los pensamientos graves. Habiéndome juzgado con rigurosa escrupulosidad me hastié, tuve horror de mí y esta vez vino el sacerdote, el mismo á quien dedico este libro.

Lo conocía hacía ya tiempo, pero poco. En-

contrándolo en casa de algunos amigos me había complacido su exquisita dulzura y su espíritu distinguido. Al presente es uno de los hombres que más amo en el mundo, mi querido consejero, el íntimo visitador de mi alma y mi padre en Jesucristo. Me confesé con las lágrimas del arrepentimiento más sincero y recibí la absolución con un consuelo inefable. Pero cuando el sacerdote habló de darme la Eucaristía titubee lleno de turbación, no sintiéndome digno del Sacramento. El peligro de muerte no era inminente. El hombre de Dios no insistió.

"Orad, me dijo, y leed el Evangelio."

Durante semanas y meses pasados en el lecho y en la alcoba he vivido, pues, con el Evangelio; y, poco á poco, cada línea del libro santo se ha convertido en una cosa viva para mí, afirmándome que decía la verdad. Sí, en todas las palabras del Evangelio he visto brillar la verdad como una estrella, la he sentido palpitar como un corazón. ¿Cómo no creer en adelante en los milagros y en los misterios cuando acaba de realizarse en mí una transformación tan profunda y misteriosa? Porque mi alma estaba ciega para la luz de la fe y la ve ahora en todo su esplendor; estaba sorda al Verbo de Dios y hoy lo oye en su persuasiva suavidad; estaba

paralizada por la indiferencia y ahora se eleva al cielo con el más vigoroso entusiasmo y los impuros demonios que la turbaban y la poseían han sido para siempre expulsados de ella!

Alzais los hombros, orgullosos hinchados de vana ciencia. ¿Qué me importa? Ni siquiera os pediré que me expliquéis cómo la palabra de un humilde artesano de Galilea, confiada por él á algunos pobres con la orden de enseñarla á todas las naciones, resuena victoriosamente todavía después de diez y nueve siglos por dondequiera que el hombre no es ya un bárbaro. Todo lo que sé es que esta misma palabra oída y comprendida por mí en horas crueles, tuvo la prodigiosa virtud de hacerme amar mi sufrimiento. Salgo de mi prueba físicamente disminuido y destinado á sufrir probablemente hasta el fin la esclavitud de una enfermedad muy penosa. Sin embargo, puesto que he leído y meditado el Evangelio, mi corazón está, no sólo resignado, sino lleno de tranquilidad y de valor. No hace dos años, gozando aún de alguna salud, pero experimentando ya los primeros golpes de la edad, veía llegar con espanto la vejez, con su cortejo de tristezas, de cansancios y de pesares. Hoy que me agobia prematuramente la acojo con firmeza, qué digo, hasta con gozo, pues si no llamo á los dolores y á la muerte, al menos no los temo ya, habiendo

aprendido en el Evangelio el arte de sufrir y de morir.

Si algún bien he hecho durante mi vida—pues en suma, no fuí un pervertido—Dios me lo ha recompensado con magnífica generosidad concediéndome ese germen de inocencia y de sencillez que hoy siento vuelve á florecer en mí. Eso es lo que me ha permitido leer y releer el Evangelio como debe ser leído, es decir, con la inteligencia del corazón, *mente cordis sui*, según la expresión de San Lucas. Teniendo que comenzar de nuevo toda mi educación religiosa, ciertamente me he dedicado cada día á lecturas hermosas y substanciales durante casi un año, y los santos y los doctores han levantado delante de mí el velo de los misterios y han iluminado sus profundidades con la doble antorcha de la ciencia y de la razón. Seguramente estos estudios me han sido muy útiles y preciosos, no menos que las enseñanzas del sabio y buen sacerdote que quería recordarme las verdades eternas. Sin embargo, convengo en ello, no tengo inteligencia teológica. Molesto ignorante, no he tratado de penetrar las obscuridades del dogma y he leído sobre todo el Evangelio, pidiendo fervorosamente á Dios que me conceda la sumisión de los pobres de espíritu.

Hube de hacerme semejante á los niños que

Nuestro Señor quería que dejasen ir á El, y delante de los cuales dijo que el reino de los cielos es para aquellos que se les asemejan. He escuchado el Verbo Divino con tanta simplicidad como los pescadores del lago de Tiberíades, á quien Jesús hablaba sobre las olas, sentado en la proa de pequeña barca. Un imperioso deseo me impelia hacia Dios. No he resistido, me he dejado guiar; en una palabra: he obedecido y hoy saboreo las delicias de la obediencia.

Hacia fines de octubre, en la proximidad de la patética fiesta de la conmemoración de los fieles difuntos quedó definitivamente sellada mi reconciliación con Dios. Lleno de fe y de sumisión, recibí entonces la santa Eucaristía, asociando á este gran acto el recuerdo de los seres queridos que me esperan en la vida eterna.

"Pero después de la conversión nada parece haber cambiado en usted," me dicen algunos con incrédula sonrisa.

Así prueban, una vez más, cuán impenetrable es el hombre al hombre; pues yo sé muy bien que soy otro. Claro está que el hecho de rezar mis oraciones mañana y tarde, de ir á la iglesia los domingos y días de fiesta y de cumplir mis deberes religiosos no ha modificado por modo sensible mi vida aparente. En verdad no se leen en mi frente las reformas que

he podido realizar en mis acciones y en mis pensamientos, ni la resistencia que opongo ahora á tentaciones á las cuales hubiera cedido en otro tiempo. Es exacto.

Ni me admira que después de todo no se note en mí cambio alguno, pues mis progresos en la vida cristiana, es decir, hacia la perfección moral, son todavía muy débiles. Sin embargo, he llegado á ser conmigo mismo tan severo como me ha sido posible; á aquellos que amaba los amo más, mejor y de otro modo que antes, y hago constantes esfuerzos por llegar á ser más caritativo y mejor. Sí, á pesar de muchas flaquezas en mi conducta y—de lo que me acusa con mayor dolor—no obstante algunos últimos accesos de duda y de sequedad del corazón me disgusto menos que en otros tiempos, y con frecuencia, cuando pienso en los días entristecedores que me quedan de vida y en la muerte que se avecina, me inunda un sentimiento de dulzura que á mí mismo me reprende.

Esta paz del alma no se obtiene más que por la admirable disciplina de la religión, por el examen de conciencia, por la oración. Así los mejores instantes de mi vida son aquellos en que me dirijo á Dios ofreciéndole el arrepentimiento de mis culpas pasadas y mi buena voluntad para el porvenir y en que le pido aquella paz que nos ha prometido en la otra vida y

cuyo delicioso presentimiento nos da su gracia en este mundo. Sí, la hora en que rezamos, en que nos ponemos en presencia de Dios es lo más bello que en verdad aquí existe. ¡Bendito, pues, sea una y mil veces el sufrimiento que me ha conducido hacia El. Pues ahora lo conozco, conozco al Incognoscible! ¡El Evangelio me lo ha revelado. El es el Padre, es mi padre!

¡Puedo hablarle sin cuidado y El me escucha con ternura!

Las hojas esparcidas que hoy reuno y que según dije no merecen el nombre de libro, han sido escritas por mí durante la crisis de mi alma que en suma he referido. Durante su publicación en la prensa su acento de sinceridad conmovió más de un corazón y ha conducido hacia la Cruz algunas almas que hacía mucho tiempo se había apartado de ella: lo sé. Por ello he estado gratamente satisfecho, pero no me ha sorprendido, pues muchos espíritus, fuertemente hastiados del materialismo triunfante y embaucados por tantas otras doctrinas filosóficas que pueden contener una parte de sabiduría y de verdad, la mejor de las cuales no es buena más que para una imperceptible selección, son atraídos al presente, hacia los brazos abiertos del Crucifijo. La mayor parte, sin embargo, detenidos por el resto de punible

o orgullo, quédanse aún en el umbral de la Iglesia.

¡Ojalá puedan ver en estas páginas cuán feliz soy habiéndolo pasado y ojalá algunos de los que titubean aún se aprovechen de mi ejemplo de mi acto de fe para volver al amoroso seno de la Iglesia!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

CAMPANAS Y LILAS

¡Campanas de Pascuas! ¡Campanas de Pascuas!
¡Cuán melancólicamente resonais en el cielo de abril!
Lilas marchitas de los arrabales, ¿por qué producís
en el caminante solitario tantos pesares y tanta
nostalgia?

Ahora cuenta los años, los muchos años durante los cuales os oyó, campanas de Pascuas, en un día semejante á éste, tibio y claro, de cielo azul y deslumbrador, en el cual no se divisa aún la viajera gondrina. Cuenta los años, los muchos años en que aspiró vuestro perfume, tenues lilas de París, al pasar por delante de las rejas de los jardines ó corriendo á lo largo de las paredes cuyas bardas sobrepasan vuestros racimos floridos.

Entonces este pensamiento le oprime el corazón:
"¡Una primavera más pasada!"

Se acuerda de su juventud, de aquellos días en que vosotros, campanas y lilas, derramáis en él la alegría y en que al escucharos y al aspiraros se inun-

daba repentinamente su corazón de una vaga y deliciosa esperanza.

¡Su juventud! ¡Cuán lejana está y cuán pasajera fue! Pasó como flor de primavera. Duró para él, mientras al despertar por la mañana se preguntaba: "¿De qué nueva dicha disfrutaré hoy?" Porque eso es la juventud: la esperanza de la felicidad absoluta, completa, absurda. "Mañana volveré á encontrarme con la mujer cuya sonrisa me abrirá un eterno paraíso.... Mañana estallará la guerra en que me he de convertir en el héroe ecuestre y victorioso á quien el vencido entregará suplicante las llaves de la ciudad.... Mañana imaginaré el plan y escribiré los primeros versos del drama ó del poema que ha de conseguirme la inmortalidad."

¡Amor, gloria, genio! El que no os ha soñado, ¿qué digo? no os ha esperado con loco ardor, ¿puede pretender que ha tenido juventud?

El caminante ya viejo, arrullado por el plañido de las campanas y acariciado por el aroma fugitivo de las lilas, se acuerda de su pasada y breve juventud. Esta terminó, hace ya mucho tiempo, el día en que reconoció el justo medio de la vida, en que comprendió que sólo el deseo es bueno, que todo goce va seguido de amargura y de disgusto, que el objeto retrocede sin cesar ante el esfuerzo. Terminó cuando se despertó una mañana entristecido, sin esperar nada sublime ni extraordinario; cuando leyendo la página escrita por él mismo la víspera la encontró fría y muy inferior á su sueño; cuando vió retorcerse, en el rincón de tantas sonrisas, el pequeño lagarto de que habla Enrique Heine, el inquietante reptil de la ironía y de la traición.

Sin embargo, la vida le parecía aún sabrosa, mas

algo así como un fruto calentado por el sol de septiembre. Se había perdido para siempre aquella frescura del alma que hace que las sensaciones se asemejen á las cerezas cogidas en la rama y comidas bajo su árbol, en la mañana, cuando están aún humedecidas por aliento de la noche.

Algunas veces le indignaba que se debilitase tan pronto el poder de la esperanza y de la ilusión; y como para consolarle un momento, á cada nueva primavera experimentaba accesos inesperados de algo que se parecía á la juventud. Soplos tan pasajeros como repentinos.

Entonces, en mañanas como ésta, próximas á las Pascuas, en el jardín, al mismo tiempo que los alhelis y los tulipanes, empezaban á descogerse suavemente las lilas, y las pesadas campanas, semejantes á monstruos cautivos en sus campanarios, se balanceaban lanzando al espacio sus solemnes llamamientos.

Entonces recobraba el valor y volvía á creer un poco en la gloria y en la felicidad. "¡Ama!" le aconsejaban las tiernas flores; y el heroico bronce le decía: "¡Trabaja!"

Ahora evoca el recuerdo de estas hermosas mañanas de fiesta entre los mejores de su pasado. No siendo entonces friolento no le desagradaba que el viento del Nordeste le azotase el rostro ó pusiese en desorden sus vestidos.

Sobre todo en el ancho baluarte, delante de la iglesia, era donde este viento alegre y juguetón hacía mil diabluras y al parecer prefería entretenerse con las personas que entraban en misa ó salían de ella.

Cuando en correcta formación llegaban las huerfa-

nititas conducidas por las religiosas, el viento juguetón hacia flotar las manteletas negras y las cintas azules de las gorras y parecía complacerse en transformar las cofias de las hermanas en grandes mariposas blancas. Sacudía con violencia las plumas y las flores que adornaban la cabeza de las elegantes feligresas; envolvía las delgadas piernas de un anciano sacerdote en los pliegues de su sotana obligándolo, al mismo tiempo, á sostener su ya usado sombrero, llevando la inconveniencia hasta introducirse en las faldas de alguna enlutada devota que, embarazada con su paraguas, su ridículo y su encologío repleto de estampas, escandalizada giraba sobre sí misma, tratando en vano de ocultar sus pantorrillas.

Mas hé aquí que de repente el viento echaba de ver, el muy truhán, que en la casa de enfrente había una persiana mal prendida. Aprisa y corriendo allá iba y la hacía crujir contra la pared. Luego la emprendía contra los cascos de dos dragones que se paseaban, entreteniéndose en esparcir las crines negras echándolas á los ojos de los dos soldados. Por último, notando entre la multitud, en la cabeza de un panzudo ciudadano el primer sombrero de paja de la estación, hé aquí que descubría bruscamente, el malévolo, la calva del grueso papá y lo obligaba á correr, soplando como una foca y ciego por el polvo, tras de su tocado que rodaba delante de él como un aro.

Y en estas mañanas de Pascuas de otros tiempos no era sólo el viento el que estaba de tan buen humor. Todo respiraba alegría. El cielo estaba puro y las mujeres manifestaban la felicidad en la mirada; en sus ojos se reflejaba el mismo azul del firmamento. Ya comenzaba el verdor. El fresco, li-

pero y delicioso verdor. Sobre el esqueleto de los árboles tardíos comenzaba apenas á manifestarse, indeciso y flotante como un humo vago. En otros apuntaba ya fuera de los botones, en hojas diminutas, tan tiernas, tan jóvenes, que derramaban en el alma el mismo contento que derrama la contemplación de la fisonomía de los niños.

¡Pero sobre todo había lilas! La lila, ese arbusto que, en este momento del año, no tiene, digámoslo así, hojas; pero cuyas brillantes gavillas se asemejan á un fuego artificial de flores. Había lilas por todas partes. En vasos, en el borde de las ventanas, en manojos, en el puesto de frutas ó en la pequeña carreta de la vendedora á lo largo del embaldosado. Las mujeres que pasaban llevaban un gran ramillete que les embargaba las dos manos; y algunos caballos de coches de alquiler llevaban también una pequeña rama atada junto á la oreja. Alejándose un poco por los alrededores, los racimos de flores sobresalían y pendían de todos los cercados. ¡Oh! esta lila, que es la primera en florecer y que apenas dura quince días, ¿no es la flor emblemática del parisense, del habitante febril de la gran ciudad, tan impaciente y tan ávido poseído por el vértigo de poseer y de gozar?

El caminante solitario evoca el recuerdo de sus pasadas primaveras. ¡Cuánto lo enajenaba aquel encantador espectáculo: el viento revoltoso, el azul del cielo, las flores tempranas y allá arriba la armonía de las campanas de Pascuas sobre la alegre multitud en el espacio inundado de luz! ¡No ha mucho cuánto lo rejuvenecían estos recuerdos!

Mas, ¡ay de mí! ¿Habrá acabado todo esto? Hoy, débil y achacoso, tiritando al menor soplo un poco

fuerte del Nordeste, ya no lo enamoran las lilas y el concierto lo importuna. ¿Es él, el enamorado y el poeta—pues en el fondo da lo mismo—el que en otro tiempo tenía un beso para cada flor, en el que todo ritmo despertaba súbito mil canciones, el que ahora puede permanecer indiferente á un perfume, á una armonía? ¡Pensamiento cruel! ¿Es este verdaderamente el fin y habrán desaparecido para él los encantos de la naturaleza y de la vida?

En este momento, á corta distancia de él, en la larga avenida donde entretiene su ociosidad, distingue una joven pareja en un banco sentada disfrutando de los tibios rayos del sol que tamiza el delgado follaje. Es un matrimonio de obreros de los más pobres; pues, aunque es día de fiesta, la mujer viste muy mal y el hombre su camiseta de punto y su chaqueta de trabajo. En el cochecito de mimbres, en que descansa un recién nacido junto á la madre, ésta ha colocado un manojo de lilas, y el pequeñuelo, que acaba de despertarse, abre los ojos ante esta maravilla y dirige instintivamente hacia las flores sus rollizas manecitas. En cuanto al hombre, sostiene sobre sus muslos al niño mayor, que tendrá á lo sumo dos años de edad, y el niño que escucha el tañido de las campanas de la cercana iglesia está encantado por la belleza de la música é inclina mesuradamente la cabeza á cada vibración del bronce. Luego los jóvenes esposos miran alternativamente á sus dos niños, como saben mirar los padres y las madres, y volviéndose el uno hacia el otro, mudos, extáticos, se sonrien un largo espacio. Pálida sonrisa de los desgraciados; pero sonrisa en la cual hay, sin embargo, en este momento para los dos humildes, un poco de alegría y de amor.

¡Oh! cómo se avergüenza ahora, el caminante pensativo, de su enfado egoísta y malo de hace poco! ¡Qué importa que envejezca y que de día en día vaya perdiendo las fuerzas! ¡Abríos, lilas de abril! ¡Sonad á todo vuelo, campanas de la alleluia! ¡Florece, primavera, riqueza de los pobres! ¡Bendita seas por todos los desgraciados y por este hombre en el declive de su vida, cuyo corazón has calentado enterneciéndolo ante la ajena felicidad!

Abel 22 de 1897.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
CENTRO DE BIBLIOTECAS



Era en Pau, en febrero último, donde me acometió por vez primera la abrumadora enfermedad contra la cual luchó aún.

¡Ah! por mucho tiempo me acordaré de mi alcaza en el Hotel de Francia, donde me instalé tan alegremente, abriendo la ventana para contemplar el deslumbrador panorama de los Pirineos y donde, algunos días después, tiritaba bajo los cobertores dando diente con diente, empapado en sudor álgido y sintiendo temblar mis dedos abrasados entre las manos afectuosas de la hermana enfermera, de pie é inquieta á la cabecera de mi cama. Sí, recuerdo aún con espanto los manojos de flores de la tapicería y de las colgaduras, que en mi delirio veía transformarse en cabezas de viejos soldados romanos—¿por qué de soldados romanos?—tan tristes y tan horriblemente feos bajo el casco de mentonera, que levantaban ligeramente sus pesados párpados y me miraban lúgubrementemente con sus ojos blancos de ciego.

Sobre todo las auroras, después de las noches de insomnio, eran terribles para mí.

—Hermana, ¿qué hora es?

—Acaban de dar las siete, señor.

Las alas de la cofia habían palpitado en el fondo del gran sillón en que la hermana acababa de dormir un poco.

—Debe ser de día—decía la hermana.

Se levantaba, y en su dulce mirada que fijaba un momento en mí, adivinaba yo una piedad que me hacía daño. Dirigiase luego á la ventana, semejando blanco fantasma de espeso talle, á la luz de la lamparilla y descorría con ligereza las cortinas. Entre las parduscas nubes de una mañana lluviosa aparecían de trecho en trecho algunos trozos nevados en la montaña y el cielo se asemejaba á montones de algodón manchados.

¡No, jamás olvidaré la angustia y la miseria á que me vi reducido durante mi enfermedad en aquel alojamiento, tan lejos de los seres queridos!

Mas hoy deseo referirme al menos triste de mis recuerdos de aquella dolorosa época.

Dos semanas han pasado desde el primer escalofrío. El bisturí del cirujano me ha salvado... hasta nuevo accidente. Guardo aún cama, muy débil, pero más tranquilo y no tengo el menor acceso de fiebre. Las horribles máscaras de los legionarios romanos, de la tapicería y las colgaduras han vuelto á ser para mí ramilletes de flores. Es mediodía. Hace buen tiempo y el suave clima del Bearn permite dejar la ventana abierta. Cuando levanto un instante la vista del volumen que leo, apoyado en la almohada, lo hago con objeto de admirar un trozo de la cadena pirenaica y el pico de Ossan, cuyas

blancas cimas ligeramente matizadas de color lila se destacan en el fresco azul del cielo. ¡Qué tranquilidad! Suben hasta mí confundidas en vago rumor las conversaciones de los transeúntes, las alegres voces de los niños que juegan en el amplio baluarte delante del hotel. La hermana dominica está, como de costumbre, sentada junto á mi lecho y ya no la inquieto, ni la distraigo á cada momento de sus oraciones.

Súbito, al ruido exterior se mezcla el sonido cascado de una campanilla violentamente agitada.

"¡Ah! hermana Seráfica, son las cuatro. Polichinela va á comenzar su representación."

Ahora somos dos buenos amigos la hermana Seráfica y yo. Es una excelente mujer, evidentemente de humilde origen, de edad incierta—cuarenta años quizás—no hermosa, con el rostro congestionado entre sus cofias blancas; pero que lleva su hábito con dignidad y de tal dulzura. Todo en ella es dulce: la mirada, el gesto y la voz, no obstante el acento. Al principio de mi enfermedad permanecía en silencio; después la he inspirado confianza y al presente me cuenta, sin sospechar que es admirable, sus historias de abnegación y sacrificio, siempre lo mismo, de caridad monótona.

¡Qué lejos estais, espirituales chanzonetas y palabras crueles de las conversaciones parisienses, desprestigio de un ausente por sus camaradas, deshonra de una ausente entre mundanas! ¿Me atreveré á decirlo? No siento vuestra ausencia, conversaciones sabrosas y envenenadas; y para disipar mi fastidio de convaleciente me contento con las pequeñas y sencillas historias de la buena hermana, en las cuales sólo se trata de ejercicios devotos, de asiduas aten-

ciones prodigadas á los enfermos, de las cuales parece como que se exhala un perfume combinado de incienso y ácido fénico. Vosotras, lindas maldades de salón, haceis reír nerviosamente. Pero, ¡qué encanto, qué dulce apacibilidad hay en las conversaciones que proceden de un corazón sencillo y puro!

Uno, pues, de mis entretenimientos—y cuenta que por el momento no tengo otro—es, cuando Polichinela comienza á dejar oír su enronquecida voz, ver á la hermana guardar su rosario en el bolsillo, besar aprisa alguna medalla bendita, después aproximarse á la ventana y, medio oculta por la cortina gozar deliciosamente con el espectáculo.

Seguramente, en punto á teatros, esto es todo lo que la pobre hermana ha conocido y conocerá en toda su vida; pero el alma de la santa mujer es tan sencilla como la del auditorio infantil congregado delante de la garita de los títeres; y, como abochornada de su placer, cubriéndose á veces el rostro con las manos para ocultar su alegría, que sin duda juzga un poco inmodesta, la religiosa reservada y tan dulce se echa á reír francamente de todos los disparates, incongruencias y acciones crueles del hombrécillo leonés.

Desde mi lecho sólo oigo vagamente el malsonante y descompuesto órgano de Polichinela, sus alegres carcajadas después de cada nuevo crimen, y el ruido seco y estridente de los bastonazos sobre las cabezas de madera; pero, por lo demás, conozco la manifestación trivial y feroz que provoca irresistiblemente la hilaridad, no sólo de los pequeñuelos instalados en sus bancos, sino que también de los papanatas reunidos del otro lado de la cuerda.

Porque la antigua farsa no varía. La mujer de

Fonchinela lo insulta llamándolo perezoso y borracho y Polichinela le estropea la gorra con la punta de su vara. El portero se presenta llevando un recibo del alquiler y Polichinela, que está dispuesto á mudarse arrojando los muebles por la ventana, le encasqueta en la cabeza el vaso de noche. El propietario interviene y Polichinela lo zurra de lo lindo. Acude la gendarmería y Polichinela los aporrea. La justicia humana es impotente contra este indomable malhechor. Cuando llega el magistrado peinado con su toca y envuelto en su capote negro, Polichinela lo derriba sin piedad y le aprieta el cuello. El verdugo mismo y el diablo en persona no pueden acabar con este loco furioso. Cuelga al verdugo en su misma horca y estrangula al diablo con su propia horquilla. Y todas estas abominaciones las comete Polichinela en medio de las risas de horrorosa alegría, haciendo contorsiones, sacudiendo sus hombros, arrojando á los ecos su risa triunfante. ¡Oh! ¡qué criminal!

¿Qué fondo de perversidad fermenta, pues, en el alma humana para que este espectáculo en que se ponen de manifiesto todos los malos instintos contenga un elemento cómico tan poderoso y seguro y constituya un recreo tan atractivo precisamente para estos niños que ignoran todavía el mal y para esta sierva de Dios que se aproxima tanto como es posible á la perfección moral?

Me pregunto esto con tristeza en el momento en que la hermana Seráfica—terminada la representación—abandona la ventana y se acerca á mi lecho, un poco confusa.

—¡Qué mal sujeto es este Polichinela!—me dice. ¡Qué infame! ¡qué pícaro!.... ¡Pero es que apalea

y mata á todo el mundo!.... ¡Es posible que se divierta á los niños con estas cosas tan horribles?.... Yo misma me siento avergonzada de haberme divertido....

—Tanto más, hermana, repuse para impacientarla amistosamente—cuanto que habeis olvidado la hora de vuestra meditación.

De repente la hermana se sienta, vuelve á tomar su rosario y su libro é inclina la cabeza bajo su cofia. ¡Pobre hermana! Se escandaliza y llena de escrúpulos por su distracción y mañana, lo apostaría, se acusará en el confesonario de haber mirado á Polichinela y de haber experimentado placer en su representación.

Tened confianza, hermana. La falta es venial. Sin embargo, me admiré cuando os vi, á vos cuya vida es toda obediencia y dulzura divertir os un instante con esta manifestación del hombre tal y como es en el fondo de su naturaleza y tal como puede mostrarse de repente, cuando no es dueño de sus pasiones, es decir, una bestia impulsiva, capaz de las más furiosas sublevaciones y de las mayores crueldades.

En vuestra ignorancia, hermana mía, os ha causado risa la representación de Polichinela; pero, estoy cierto de ello, lloraríais amargamente delante de los titeres de la sociedad que son más hipócritas, pero no menos perversos ni menos escandalosos. No es á bastonazos como los hombres se desembarazan de sus enemigos, sino con armas mucho más perniciosas y pérfidas; y muchos de entre ellos no titubean en convertirse en torturadores y verdugos para satisfacción de su egoísmo y su orgullo.

Cuanto más reflexiono más me afirmo en que no

es inútil que esta piadosa mujer haya tenido este momento de flaqueza riéndose al ver la caricatura de un malvado. Ella se lo reprochará, redoblará su celo y comprenderá mejor que antes el espíritu de su vocación, que es el de expiar por otros. Porque, digan lo que quieran los espíritus fuertes, es un sentimiento sublime y superior aun al de la justicia esta fe cristiana que quiere que las oraciones y las obras de los más inocentes y de los más puros atenuen y rescaten, á los ojos de Dios, los propósitos innobles, las acciones viles y vergonzosas y hasta los crímenes de los malvados.

Agosto 19 de 1897.

III

EL PAN CARO

¡El pan caro!..... ¡La escasez!..... Palabras sinistras hoy pronunciadas por doquiera. Palabras que producen profunda emoción, pues nadie puede permanecer indiferente ante noticia tan amenazadora, que produce amarga pena á todos los hombres de bien y que inspira cierto terror hasta á los más egoístas. Unos se compadecen, otros se inquietan; todos se perturban. Es, en efecto, la cuestión del precio del pan la única que no se puede dejar para mañana, diciendo como decimos respecto á otros muchos problemas que solicitan nuestra atención: "Esto lo arreglaremos más tarde." En este punto el optimismo y el aplazamiento, que por punto general no son otra cosa que manifestaciones hipócritas de la frialdad y de la dureza de los corazones, están absolutamente por demás. El hambre no admite demoras. Hay urgencia delante de los estómagos vacíos. En la hora espantosa y terrible en que los flacos comienzan á pedir pan poniendo el grito

en el cielo, las satisfechos y repletos se verán obligados á acordarse de que, cuando los que tienen hambre no tienen nada que comer, ni siquiera un pedazo de pan duro que llevar á la boca, se aprestan á morder.

Hay que tener mucho cuidado en esto. La tarifa del pan es el termómetro que indica el grado de paciencia de los pobres. Sobre el cartel blanco del panadero, como sobre el pilar de un puente en que están señaladas las crecidas de un río y las fechas de las inundaciones célebres, puede anotarse el momento preciso en que ha de desbordarse la cólera de los miserables.

El azote se ha manifestado. Ha subido el precio del pan y sin duda mañana esta subida irá en aumento.

En gran parte de Francia la cosecha es nula; las tempestades lo han destruido, lo han barrido todo; y en las comarcas no azotadas por el granizo también la cosecha ha sido mala, año de espigas medianas y de mezquinas gavillas. Nuestro consumo anual es de ciento veinte millones de hectolitros de trigo. Nos faltan, según los cálculos más favorables, treinta millones de hectolitros de trigo.

Así, pues, el dilema formidable se impone: ó sostener nuestro régimen de aduanas, lo que parece punto menos que imposible—pues esto equivaldría á que en un corto plazo el pan se pusiese más caro, y, lo que es aún peor, que escasease más,—ó volver á abrir nuestros puertos á los cereales baratos de América, lo cual constituye la ruina de los labradores. Está sin hablar de otro peligro aún más temible, es decir, de la especulación en los cereales, del monopolio, que la Convención castigó en otros

tiempos como un crimen capital, pero que las leyes actuales sólo persiguen y castigan—muy débilmente por cierto—cuando hay coalición de monopolistas, cosa fácil de disimular. Y si el monopolio—lo que es harto verosímil—llega á complicar y agravar la crisis actual, todo es de temer, aun el hambre con sus espantosas consecuencias.

¡Pardiez! Oigo la untuosa voz de los eternos paladadores de la confianza:

“Exageran. Se alarman sin razón. No hay peligro en la demora. No es ésta la primera vez que se ve el pan á cinco sueldos la libra ¡Un sueldo más es tan poca cosa! Por otra parte, ¿ocupa hoy el pan lugar tan preferente en el presupuesto de los jornaleros? Una comodidad relativa ha alcanzado á las clases trabajadoras. Enseñadme un obrero que no coma carne todos los días, etc., etc.”

Tal parece que estamos oyendo á aquella gran señora del antiguo régimen que, cuando oía decir que los pobres estaban faltos de pan, exclamaba: “¡Pues bien, que coman tortas!”

Los personajes que os dirigen tales discursos emocionantes gozan en general de una vida regalada, de sólidas rentas ó de algún alto empleo. Visten magníficas levitas, se ocupan en asuntos de economía política y os echan en seguida á la cara un in-óctavo cargado de cifras, con el cual os prueban, tan claro como la luz del día, que los pobres no tienen razón y que, si están sumidos en la miseria, es porque así lo quieren.

Estas gentes son terribles. No intentéis insinuarles que si la mayor parte de los obreros se alimentan en efecto con carne para resistir á la fatiga se ven, sin embargo, en su mesa menos piernas de carnero

y menos solomos de vaca que sopas gordas en que la cuchara se mantiene derecha y grandes platos de patatas; que existe un gran número de pobres ancianos, de viudas cargadas de huérfanos, de obreros aislados y que no ganan más que un íntimo salario, para quienes el pan constituye el alimento principal y que no se permiten otro lujo en la comida más que la salchicha y la ensalada; que un sueldo es un sueldo; que cinco céntimos por libra de pan al día son diez y ocho francos al cabo del año; que esta suma multiplicada por cinco ó por seis —pues en muchas familias del pueblo se consumen diariamente cinco ó seis libras de pan— forman un total muy serio é inquietante para los que sólo cuentan con pequeños recursos. No intentéis, repito, enunciar semejantes enormidades en presencia de un economista armado con sus cuadros de dos entradas y con sus estadísticas erizadas de sumas y de corchetes. El tal economista se enfadaría, os contestaría que no enténdéis absolutamente nada del asunto y, por fin, os motejaría de sentimental y quizás de socialista.

Sin embargo, el hecho está en pie. El pan está caro, y si no nos decidimos pronto á abrir una brecha en esta muralla de la China en que merced á las leyes proteccionistas estamos encerrados, para el próximo invierno será mayor la carestía del pan. Esta última suposición no es admisible, pues constituiría un peligro público. En verdad, habrá que resolverse al fin á disminuir, á lo menos por el momento, los derechos sobre los trigos extranjeros, lo que por otra parte será deplorable y dará un golpe muy sensible á la agricultura francesa, ya tan profundamente atacada. Mas es preciso.

¡Ayl que el mundo es poco prudente. Es evidente

que la verdad del porvenir es el libre cambio, y debemos, á pesar de todo, esperar que, tarde ó temprano, las naciones adoptarán, para regular sus relaciones económicas, la fórmula del pilluelo de París: "Dame de lo que tienes y te daré de lo que tengo." Mientras tanto, existe una concurrencia feroz, una lucha sin piedad. Las naciones se hacen la guerra con menos frecuencia á cañonazos —no obstante que continúan arruinándose con la fabricación de cañones— pero existe la encarnizada guerra de las tarifas. El único soldado que sirve para algo, en este tiempo de ejércitos inútiles, es el aduanero. Sin las leyes Méline, que deben aprobarse, en suma, —pues nuestro país está en el caso de legítima defensa— los Estados Unidos de la América del Norte nos ametrillarían con trigo, nos bombardearían con sacos de harina, reducirían á nuestros campesinos al hambre hartando de cereales á Francia, nos matarían con lo que da la vida.

En fin, estamos obligados á ello, no hay otro remedio. Resignémonos y entreabramos la puerta á los cereales de América y de Australia. Mas hay que poner atención y si queremos dar en beneficio de los pobres el pan á cuatro sueldos la libra, desconfiemos de los acaparadores.

Pero aquí interviene de nuevo el optimista.

"¿Cómo podéis pronunciar tal palabra y qué horribles recuerdos evocáis? Escuchándoos creo ver pasar en la punta de las picas las cabezas de Foulón y de Bertier con un manojo de paja ensangrentada entre los dientes. Acaparar el trigo hoy con la facilidad de los trasportes, ¿es acaso posible?..... ¿queréis divertiros.... ya no hay acaparadores....."

Dispensad, querido señor, aún los hay. Todo se

puede hacer á fuerza de millones y el frenesí del lucro no tiene límites. Conocéis, tan bien como yo, en París, en esta sociedad cosmopolita, varias fortunas colosales acrecidas recientemente en proporciones escandalosas y cuyo único origen es la especulación en el negocio de los cereales. Podríais nombrar á estos hombres sin escrúpulos, pues son muy bien recibidos y están muy bien considerados en la mejor sociedad y vos mismo os complacéis dándoles la mano cuando los encontráis en la Bolsa ó en el club.

¡Ah! por esta vez el optimista se molesta un poco, pues acabo de ofender al ídolo eterno, al becerro de oro.

"Bien, pues, ¿dónde está el mal, después de todo? ¿Desde cuándo se le ha prohibido á un comerciante hacer provisión de una mercancía cualquiera y no venderla hasta que alcance su más alto precio? ¿Qué teneis que reprochar en definitiva á estos millonarios? ¿El haber jugado? No es un crimen. ¿El haber ganado? Es la suerte. Según vuestra opinión, ¿qué sería la libertad de comercio?....."

Y así lo demás.

Una sola cosa tengo que responder y es que de todos los agios el más abominable es aquel que se hace con el alimento de los pobres y que es odioso ver á un individuo enriquecido con la miseria de todos. Para que este acaparador de trigos se convierta en un rey de París; para que posea un hotel de príncipe y lujosos equipajes; para que habite en un mismo año su casita suiza delante del Océano, durante la canícula, su dominio de caza en otoño y su villa confortable en invierno, ¿sabéis lo que se necesita? Se necesita que miles de trabajadores

no lleven bajo el brazo más que un insuficiente panecillo al marchar al taller; se necesita que las pobres mujeres no pongan en la cesta de sus hijitos al marchar para la escuela más que una corta rebanada de pan ligeramente untado de manteca; se necesita que las madres agotadas por las privaciones no ofrezcan al niño que están criando, débil y lloroso, más que un solo pecho medio vacío; se necesita, en una palabra, que todo un pueblo sufra hambre.

¡No, no, una y mil veces el trigo no es una mercancía como otra cualquiera y el malhechor que, por no sé qué infame negocio ha hecho elevar el precio de los trigos y de los centenos acumulados, ha transformado en una barra de oro los sueldos verdes de los pobres, merecería que cada pedazo de pan que lleva á la boca tuviese para él un gusto repugnante y amargo, el gusto de la sangre y de las lágrimas!

¡El pan sagrado! ¡Qué vergüenza para nuestra orgullosa civilización que existan criaturas humanas á quienes pueda faltarles un solo día!

¡Panem nostrum quotidianum!

Muchas veces he repetido, en todos estos días, la hermosa oración; pues, durante mi enfermedad, volví á la "vieja canción," como dice M. Jaurés; y no solamente arrulla con dulzura infinita al que sufre, sino que le da también valor y esperanza. Todo, hasta el mismo problema social, está contenido en el Padrenuestro, en la admirable Oración Dominical.

¡Panem quotidianum!

Hé aquí todo lo que el hombre debiera pedir á la vida y esperar de ella. Si nos acordáramos mejor de las enseñanzas dadas hace cerca de dos mil años en la Montaña, si nos amáramos verdaderamente

unos á otros como lo queria Jesús, todos tendríamos este pan cotidiano y estaríamos muy cerca del reino de la justicia, del reino de Dios.

26 de agosto de 1897.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

IV

EL RIO

A la mitad de la pendiente de la colina cubierta de árboles, el sendero, que desciende entre hayas y abedules, se hace de repente más transitable y el profundo tapiz de hojas secas se abate bajo los pies del caminante. Ciertamente la orilla de la selva no está lejos. La decoración cambia. Ya no es el terreno polvoroso en donde florece la rosa, poblado de seco matorral; ya no contemplamos la selva severa y silenciosa. ¡Qué súbita frescura! Se penetra en el soto de tierno verdor. Bajo los follajes entremezclados las hierbas son más elevadas, el terciopelo de los musgos más abundante y espeso y acá y allá se contempla la palidez enfermiza de los hongos.....

En la espesura el canto y el aleteo de los pájaros. Con seguridad debe haber agua cerca.

De repente una nube cubre el sol. Las carrucas y los pinzones interrumpen su canto por un momento. ¿No oís el fresco ruido y el claro murmurio? Pene-

trad bajo el bosque. ¡Cuidado con las ramas! Poned cuidado en no resbalar sobre el terreno esponjoso. Mirad. Cerca de aquel montón de piedras verdosas se estremecen los berros. Y más allá ¿no veis la tenue cinta de límpida plata que serpentea y corre como una culebra espantada?

Habéis llegado.... Es el manantial.

Dentro de algunos días esta agua pura y fría, que recogemos en la palma de la mano y que sorbemos experimentando tan deliciosa sensación como si bebiéramos la inocencia, llegará al Atlántico y se mezclará con las olas pesadas y salobres de un vasto estuario. Irá á encontrarse con las boyas que señalan los escollos de la rada; cabrilleará de vez en cuando sobre los flancos llenos de conchas de las grandes lanchas de carga ancladas en la embocadura del gran río. ¡Cuán exquisito es en su punto de partida este hilillo de agua que tanto va á caminar y á corromperse en el curso de su viaje! Es el símbolo del candor. ¿Quién de nosotros, corriendo á través de los bosques después de haber saciado su sed en una fuente, no se ha quedado suspendido junto á ella—como atado por un encanto y admirando su límpidez,—no ha tenido involuntariamente ensueños de infancia y de virginidad? Sin embargo, descendiendo la pendiente en su fuga de reptil bajo la hierba, el arroyuelo ha recogido otros arroyuelos y el caudal de sus aguas ha sido aumentado por fuentes invisibles. Héle aquí ahora en la cavidad de un vallecillo cuya curva caprichosa adopta. ¡Cuán débil es todavía el pequeño curso de agua! Una plancha basta para franquearlo y durante el tiempo de sequía sólo se ve en su cauce, por algunos puntos, fango y piedras. Sin embargo, hacia él

van secretamente las aguas subterráneas. Atraviesa ahora pingües praderas. El sauce crece en sus márgenes y los añejos troncos, en doble fila, enderezan su pálido follaje. A veces alguna vaca de los pastos cercanos se introduce pesada y torpe en la corriente, bebe hasta saciarse y levantando su chorreante jeta, mira espantada al horizonte.

Algunas leguas más lejos, en la encrucijada de los tres valles que le pagan el tributo de sus aguas, es donde la humilde corriente de agua se transforma en pequeño río. Ya la geografía le ha impuesto el nombre de río, el ilustre nombre que conservará para conducir á los imponentes buques de mar. Pero aún no es más que un río adolescente con sus viejos puentes de piedra de un solo arco y que conserva su gracia campestre. Se desliza lentamente bajo los olmos y los álamos que entrelazan sus ramas y sobre cuyas aguas tranquilas y sombreadas por la espesa hojarasca desliza el martín-pescador su reflejo azul. En la primavera hay un concierto sin fin en los zarzales de las dos orillas; y las azules libélulas colocadas por grupos sobre las cañas parecen ser las notas de la música que cantan aquellos artistas alados.

El joven río, aún no navegable, está muy solitario. Cuando más, á grandes distancias, en una barquilla amarrada al tronco de algún árbol, se divisa un vestido de cuti, una barba gris bajo un sombrero de paja, una larga caña de pescar y allá, al fin, un pequeño almadiero—única nota roja en medio de tanta verdura—que va suavemente hacia las anchas hojas de los nenúfares.

Pero el joven río se convierte rápidamente en adulto y su masa de agua, siempre más abundante,

comienza á realizar su obra útil. Al pasar junto á una aldea oye la risa y la charla de las lavanderas de brazos desnudos y el ruido rítmico de las palas y arrastra las burbujas matizadas del jabón. Sus primeros trabajos conservan un carácter inocente y campestre. Entra alegre, complaciente y feliz en el molino y se lanza sobre las paletas de la pesada rueda para hacerla girar, cae después en ruidosa y alegre cascada y se entretiene en columpiar sobre sus ondas agitadas, un instante después de su caída, á la coqueta escuadrilla de los patos.

De repente, en el rodeo de un ribazo, recibe su primer afluente. Dos veces más ancho y más profundo merece ahora que se le dé el nombre de río. Camina tranquilo y laborioso porque de aquí en adelante puede conducir un buque. Camina trazando meandros, á veces apretado entre ribazos de viña, á veces retardando su curso y solazándose á través de los herbazales. A lo largo de sus márgenes fecundas se multiplican las aldeas, y los campanarios, tranquilos como ancianos hombres de bien, lo contemplan al pasar.

Sigue su curso. Ahora absorbe un riachuelo, después otro más. Más lejos, allá donde se dibuja en el espacio la silueta de un esclusero, un canal lo enriquece con su torrente cautivo. Camina el noble río. Atraviesa ciudades ilustres y famosas. Lleno de pontones y de embarcaciones de todas clases, se desliza más impetuosamente por entre piedras históricas, se arroja retumbando bajo los arcos sonoros de puentes monumentales; y, por encima de los malecones llenos de multitud tumultuosa, los chapiteles de las torres de las vetustas iglesias arrojan sobre sus ondas su trémulo reflejo.

Después lánzase de nuevo al campo libre y presenta su espejo á todos los encantos del cielo. Centellea bajo la luz ardiente del estío. La aurora le brinda sus rosas, el sol poniente lo esmalta de tonacios y rubies y en las noches serenas parece seguir un sueño encantado en la melancolía de la luz de la luna.

El río está ahora en toda su fuerza y en toda su majestad. Pero, ¿qué se ha hecho el agua clara y pura de su origen?

Desde el primer lavadero cuya sucia espuma arrastró cada uno de sus contactos con el hombre fué para él una mancha. ¡Cuántas cloacas han depositado en sus olas su inmundo fango! Las fábricas de los arrabales, cuyas altas chimeneas de ladrillo se elevan á su orilla, han dirigido lenta y constantemente hacia él arroyos de veneno. En las antiguas piezas de oro, viejas alhajas, armas empuñadas que al pasar ha removido en un ligamo, ha reconocido las huellas de las muertes de muchos siglos. En medio de la obscuridad y el silencio de la noche muchos desgraciados, de lo alto de sus puentes solitarios, se han hundido para siempre en sus negras profundidades; y á sus aguas han arrojado los asesinos los cuerpos ensangrentados de sus víctimas. Algunas veces, como presa de las náuseas, vomita sobre las hierbas de la orilla despojos horriblos y putrefactos. ¡Pero está infectado para siempre y, semejante á la conciencia del malvado, lleva en sus aguas, con algunos tesoros ignorados y perdidos, impurezas, vergüenzas, desesperaciones y crímenes!

¡Por fin, el río está en el término de su curso. Hé aquí el estuario; y es tan vasto que allá abajo, á lo

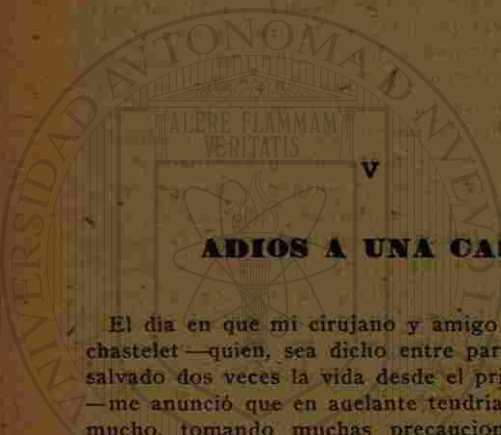
lejos, anclados junto á la orilla vaga y lejana, los navios que han dado la vuelta al mundo, que han surcado mares de indigo bajo cielos luminosos y aquellos cuya dura quilla ha roto los velos en medio de espantosas tinieblas, los esbeltos bergantines y los poderosos vapores, se asemejan á frágliles conchas aparejadas con telas de araña. La última valiza ha sido ya dejada atrás y en la costa gris las torrecillas blancas de los faros, empequeñecidas por la distancia, son apenas visibles. La enorme masa líquida, que el movimiento de las mareas rechaza y atrae alternativamente, ora se encrespa de pequeñas olas irritadas por la lucha, ora se precipita con la velocidad de una cascada. En la anchura, de donde el viento trae un confuso clamor, las oleadas de fondo, sacudiendo su espumosa cabellera, se suceden ocultando el brumoso horizonte; y grandes gaviotas, semejando ángeles, se ciernen sobre el río, dando agudos gritos semejantes á los siniestros mensajeros del abismo que se lo va á tragar.

Conozco un alma comparable á este río. Lo mismo que él va á perderse en el mar, ella desaparecerá pronto en el seno de la muerte. Como él, aproximándose al abismo, se ve aumentada con todo su pasado, profunda y amarga—profunda como la memoria, amarga como la experiencia.—Se acuerda de su vida que fué, en suma, tranquila y bienhechora. Sin embargo, ¡cuántas manchas no ha recibido en su camino esta pobre alma, manchas impresas para siempre en ella! Para el agua que corre y para el hombre que pasa sólo hay un momento de pureza absoluta, la infancia. Como el río corre y oculta,

en el fango de lecho, inmundicias y cadáveres, el alma—aun en los menos culpables—está llena de secretos vergonzosos.

Permanecer puro en este mundo es el esfuerzo imposible y desesperante; el retorno á una nueva vida, ¡qué ideal, qué sublime esperanza! Este río que el mar que descende traga con profundos esteriores se purificará en la sal inmensa del Océano. ¡Obre alma, herida por la existencia y profundamente turbada en el umbral del gran misterio, tú también te atreves á tener ensueños de inocencia inmortal! Por eso piensas hoy en todos esos viejos campanarios, de iglesias y catedrales que el río ha reilejado en sus ondas y que con tanta frecuencia has encontrado en tu camino, sin obedecer á su aspecto solemne. Por eso, en fin, respondes á la señal de estas antiguas flechas de piedra que te muestran el cielo con confianza y te ordenan la oración y la fe.

2 de septiembre de 1897.



ADIOS A UNA CASA

El día en que mi cirujano y amigo el doctor Duchastelet—quien, sea dicho entre paréntesis, me ha salvado dos veces la vida desde el principio del año—me anunció que en adelante tendría que cuidarme mucho, tomando muchas precauciones para arreglar mi vida y que á todas luces sería incapaz de saltar al tren á la primera señal y de ir y venir de un lado para otro entre las calles de Oudinot y Mandres, costumbre que habia adquirido durante los últimos veranos, se apoderó de mí, lo confieso, un serio acceso de tristeza.

Un callejero á quien se ordenara que se encerrara en su alcoba lo más que le fuera posible, un paseante de las calles de París á quien se condenaba á llevar una vida sedentaria y á que se apoltronara en su casa, francamente no podia tener muy buen humor. A más de esto, la primera consecuencia de este úlcise del médico era la necesidad de deshacerme del modesto, pero graciosísimo asilo campestre en don-

de cual viejo ciudadano aprendi, por fin, en el transcurso de algunos años, á distinguir un olmo de un tilo y el breve trino de una oropéndola del caprichoso canto de una curruca de cabeza negra.

Días pasados, hablando con el Notario de Brunoy y resolviendo, según sus prudentes consejos, el texto del cartel y la fecha de la adjudicación, tenía el corazón un poco oprimido. Pero es preciso creer que no tengo nada de común, en el fondo, con el feroz vecino de Gavarni, lleno de admiración ante las paredes de su casa y preparándose sin duda para llenarla, de trampas de lobos, llenando los muros de cascacos de botellas, pues me he acostumbrado muy pronto al pensamiento de que dentro de algunas semanas mi casa pertenecería á otro y que yo no poseería más, como valor inmueble, que el estrecho rectángulo de terreno situado en el cementerio de Montparnasse, en donde me faltó poco, hacia el fin del pasado mes de julio, para elegir domicilio definitivo.

Así pues—esto es seguro,—no tengo más que en grado ínfimo los instintos del propietario. En presencia del mundo exterior estimo siempre que ver, es tener; y estoy siempre enteramente dispuesto á gozar tan de lleno en el camino real de las bellezas de la naturaleza, como en el centro de una hectárea adquirida con mis propios recursos y protegida contra toda invasión menos por los cercados que por la amenaza de trabajos forzados.

Esto no obstante, sería un error suponer que no amaba mi habitación campestre y que la dejo sin pesar y sin melancolía, si bien es verdad que los sentimientos que hoy me embargan, penetrando cada vez de una manera más profunda toda mi alma,

bacen que en adelante sea para mí menos difícil cualquier desprendimiento.

Debe ser cruel verse obligado á vender su casa familiar, y en cuanto á mí, no imagino una separación más dolorosa. Caminar por última vez á la sombra de los añosos árboles plantados por nuestro abuelo; recoger, antes de la partida, para dejarla secar en el devocionario de su madre, una rosa en el mismo rosal que en otro tiempo la pobre mujer pudo tantas veces delante de vosotros con sus manos veneradas; levantarse, para no volver á sentarse jamás en él, del gran sillón colocado en el ángulo de la chimenea, en el cual el padre dormitaba en otros días durante las largas veladas de octubre; visitar, con la mirada circular del adiós, esas habitaciones amuebladas con lechos y cunas que os recuerdan la muerte y el nacimiento de tantos seres queridos; cerrar, sabiendo que no será abierta ya más que por un extraño, la puerta del salón familiar en la cual está señalada con lápiz vuestra altura en las diferentes épocas de vuestra infancia; abandonar esas paredes á las cuales están adheridos vuestros recuerdos más sólidamente que las tenaces raíces de la yedra; dejar esas flores que parece que en su perfume os devuelven un poco del alma de tantos seres queridos desaparecidos ya, todo eso ciertamente debe producir un pesar terrible, una de esas horas de agonía sentimental en que el hombre experimenta la profunda verdad que encierra el *sunt lacrymae rerum* del poeta.

Yo no he conocido este pesar desgarrador. Mis pobres padres, laboriosas abejas de la gran ciudad, habitaron alternativamente algunas de esas colmenas como son las casas de París. Con frecuencia

debieron cambiar de abrigo; y todo lo que de ellos me queda son—reliquias muy humildes—dos ó tres muebles salvados de las mudanzas. Entre las lágrimas del adiós, derramadas por el hogar de la familia, y la ligera pena de ver empequeñecerse en la lejanía las veletas de un techo bajo el cual se han pasado algunos hermosos veranos, sería absurda y aun chocante la comparación. Sin embargo, los dos sentimientos son del mismo orden.

Si, dejo en verdad un poco de mi vida en esta linda Fraiziere. Había creído poder concederme—como recompensa de mucho trabajo—este pequeño porque parece un rincón del Triánón, estos grandes árboles en los cuales, durante los meses de mayo y junio, la alada orquesta me daba tan deliciosos conciertos, estas estrechas calles de árboles donde tanto me agradaba andar á paso lento á la caída de la tarde, embriagado por el perfume de las flores, esta gran huerta, en la cual el peso de los frutos en los dorados días del otoño hacía crujir las ramas y en donde maduraban los racimos, á lo largo de las paredes, entre las hojas empolvadas y enmohecidas, estas filas de altos rosales, cuyas flores todas hermosas formaban como un concurso de reinas de la belleza.

Estas cosas me eran queridas. Al pasar había infundido en ellas mis ensueños, les había dado mucho de mi corazón. Me es preciso separarme de ellas. Un fatal accidente de salud me obliga en adelante á estar al alcance de ciertos socorros; y mis claves y mis currucas están demasiado lejos del bisturí.

Otro va á poseerlos. Espero que se aficionará á ellos, que se forjará quizás la ilusión de que las flo-

res que perfumaron los paseos de un poeta exhalan un olor más exquisito y de que los pájaros que cantaron para agradarlo exhalan trinos más melodiosos. Deseo con toda sinceridad una agradable permanencia en la Fraiziére. Deseo que las umbrías sean para él aún más frescas, los céspedes más verdes, los frutos más sabrosos, las platabandas más brillantes y perfumadas. Deseo sobre todo que se liene de afección hacia el antiguo alojamiento. Pero no le prometo mi visita.

Pues confieso mi debilidad. No me gustaría nada que delante de mí el nuevo dueño escuchase á mi antiguo coro de pinzones y de mirlos y respirase mi harem de "Madama Bérard" y de Gloria de Dijón. Experimentaría una especie de envidia retrospectiva y sufriría, una vez más, por la indiferencia de la naturaleza, comprobando que los pájaros cantan sin importarles para quién lo hacen, como los poetas de patio, y que las rosas exhalan su perfume para el primero que llega.

Una vez más deseo toda clase de felicidades á mi sucesor desconocido. Que en el gabinete de follaje, desde lo alto de su columna de yeso, la cabeza alegre del joven fauno lo acoja con sonrisa hospitalaria; y, como la lluvia de este triste verano, debe ciertamente haber roído el mármol del pequeño cuadrante solar que está en medio de la huerta y casi borrando la inscripción demasiado filosófica y fúnebre que allí se leía: *Ultima latet* (la última hora está oculta para nosotros) aconsejo al nuevo propietario que la substituya con ésta, expresión exacta de mis votos en su favor: *Horas non numero risi serenas* (no cuento más que las horas serenas). ¡Quiera el cielo que Fraiziére sea la mansión de

la felicidad! Pero ni siquiera pasaré por delante de la puerta de la cual pende un sauco con sus flores. De hoy más esta puerta cerrada tendría para mí la fisonomía ceñuda y hostil de una mujer que se amó en otro tiempo y á la cual se encuentra del brazo de otro; y, volviendo á ver la mansión abandonada, no podría menos de murmurar el verso tan lastimoso de la Tristeza de Olimpio:

Mi casa me mira y ya no me conoce

Esto no obstante, jamás seré completamente extraño á mi antigua morada; pues algo de nosotros—que es más que un recuerdo—queda en los lugares en que hemos pasado dias felices y que hemos amado.

Séale permitido á mi fantasía investigar las huellas que ha dejado el primer habitante que se fijó en este amable rincón de la naturaleza, así como también imaginar los vestigios que en él se encontrarán por mucho tiempo de aquel que hoy se aleja de tan feliz mansión.

Cuando por primera vez pasé el mes de mayo en la Fraiziére experimenté gran alegría al reconocer que mi jardín estaba poblado de ruiseñores de melodioso canto. Desde luego los ancianos del país me contaron que en otro tiempo, antes de 1830, cuando no había allí más que una casita y unos cuantos árboles, pertenecían á un excelente violinista, antiguo director de la orquesta de la Opera.

No me explico cabalmente el por qué asocié en mi pensamiento al artista y á los pájaros cantores. Inventé para mí un retrato del buen hombre, vestido á la usanza de su tiempo, de pantalón corto, zapatos

de hebillas, embutido en su corbata blanca de tres vueltas y en el alto cuello de su casaca á lo Goethe; me lo figuraba sentado en su casa junto á una ventana, desde donde se contemplaba el fresco verdor, delante de un cuaderno de música, arco en mano, estradivario al hombro, procurando distraer los enojos de su retiro con la evocación de sus antiguos triunfos en los conciertos y ejecutando con admirable maestría un trozo de grandes dificultades, un verdadero prodigio instrumental,—las famosas variaciones sobre el aria del Carnaval de Venecia, por ejemplo.

Entonces cruzó por mi cabeza la loca idea de que los ruiseñores, heridos en su amor propio é impulsados por el espíritu de emulación, habían querido probar al viejo artista que eran tan fuertes como él, que su canto era tan bueno como el de su violín y que eran capaces de renovar con su garganta los prodigios realizados en otro tiempo sobre la cuarta cuerda por el ilustre Paganini; y me imaginaba que en esta lucha musical los ruiseñores habían lanzado al aire sus armoniosos sonidos con más atrevimiento y agilidad, suspendido más ligeramente sus "silencios," redoblando sus tiernas modulaciones, prolongando sus amorosos suspiros.

Sin duda comprendía perfectamente que el antiguo director de orquesta había muerto hacia ya muchos años y que habían desaparecido numerosas generaciones de pájaros. ¡No importa! Me forjaba la ilusión de que la tradición se había conservado en mis tilos y que los pajarillos apenas comenzaban á volar recibían una excelente educación musical; y pretendía justificar así mi presunción—muy digna

de un propietario—de tener en mi jardín ruiseñores que cantaban mejor que los otros.

Y no pongo en duda que aún se trataba del viejo violinista en los nidos de la Fraiziere. En cuanto á mi, señalé mi permanencia en aquel delicioso lugar multiplicando tanto cuanto pude la hermosísima rosa—de color púrpura oscuro, tan afelpada y de perfume tan delicado,—que un horticultor de la vecindad tuvo la ocurrencia de bautizar con mi nombre.

En estas flores que tanto amaba queda un poco de mi alma; en estas ramas, en que tantas alas se agitan, queda también un poco del alma de ese artista que daba envidia á los pájaros; y, en las hermosas mañanas primaverales, la gloria y la belleza de la rosa del poeta serán celebradas con dulces y apasionados cantos por estos ruiseñores extraordinarios, biznietos de los rivales del anciano músico.

19 de septiembre de 1897.

á Dios gracias de quien hablo,—aun á los ojos del incrédulo, repito, el misionero es admirable.

En efecto, no solamente acepta en toda su severidad la regla impuesta á los sacerdotes y á los religiosos, sino que, además, renuncia, sin esperanza de verlos jamás, á su país, á sus padres, á todo cuanto ama. Marcha para siempre á vivir en climas funestos, entre pueblos bárbaros y crueles. Se presenta en medio de ellos y solo y sin defensa, no teniendo otra escolta que el ángel de su guarda, y llevando por únicas armas su valor y el Evangelio. A los salvajes que tiemblan de terror delante de ídolos amenazadores les habla de un Dios de amor, que quiere que se le adore en espíritu y en verdad. A esos seres gobernados únicamente por sus apetitos, pretende enseñarles la moral cristiana, que doma los instintos perversos, inculcándoles virtudes nuevas y para ellos desconocidas siendo el primero en dar el ejemplo. El espíritu de guerra y de odio es el estado normal de estos desgraciados; el misionero les exige que perdonen á sus enemigos, diciéndoles estas mágicas palabras: "La paz sea con vosotros." Su primera inclinación es la del robo y la rapiña; el misionero les ordena que practiquen la caridad y que desprecien los bienes de este mundo. Viven en una promiscuidad casi bestial; el misionero les invita á los castos goces de la familia. Reducen á los vencidos á la esclavitud y trafican con carne humana; el misionero les declara que todos los hombres son hermanos en Jesucristo y les ordena que rompan las cadenas y las maniotas.

¡Cuántos peligros amenazan á este sacerdote lleno de dulzura, que sólo puede oponer su crucifijo



MISIONEROS

Un joven, á quien amo de todo corazón, y que, impulsado por una vocación irresistible llegará pronto á ser sacerdote de las Misiones Extranjeras, acaba de dirigirme, en el momento de recibir las órdenes mayores y de pronunciar el voto supremo, una carta que me ha causado profunda emoción. Este piadoso joven,—raras veces he encontrado un alma tan entusiasta y tan pura—me dice que, dentro de algunos días, en el momento de sus desposorios místicos, cuando sea extendido, humilde y frágil víctima, sobre las losas de la Iglesia, rogará por mí, y me pide en cambio que le consagre un recuerdo en esta hora solemne y decisiva de su vida.

No esperaré esa hora para proclamar delante de todos y en alta voz hasta qué punto me parece envidiable mi joven amigo en el ardor y la sinceridad de su fe. Pues aun á los ojos del incrédulo,—y cuando pronuncie esta palabra, no es de mí,

á las armas horribles, á cada paso levantadas sobre su cabeza! Con frecuencia cae herido desde el primer paso de su viaje apostólico, antes de haber podido hacer una sola conversión. Pero con anticipación ha hecho el sacrificio de su vida, está resignado á los suplicios y á la muerte ¿Qué digo? ¡Desea, espera esta muerte gloriosa y la acepta con deleite, convencido, como está, de que la sangre del mártir fecunda una tierra impía aún más que la misma agua del bautismo, y de que el nombre de Dios, cuya fe confiesa en los tormentos, no será olvidado por los verdugos á quienes espanta su heroísmo y á quienes bendice expirando!

Si, aun el que niega su vida futura, aun aquel que no tiene esperanza,—si encierra en sí el sentimiento de la grandeza,—no puede rehusarle al misionero su emoción y su respeto.

Encuentro en mis recuerdos de otros días á estos sacerdotes de las Misiones Extranjeras y los veo ahora; pues en este rincón del arrabal de San Germán donde nací—pronto hará cincuenta y seis años—y en donde vivo todavía, se los ve transitar por las anchas aceras de la calle de Sevres ó entre la batahola de la calle del Bac.

Cuando era pequeño, excitaban en el más alto grado mi curiosidad infantil. Me parecían muy diferentes, de los otros eclesiásticos. Su tez bronceada, su larga barba, su paso vivo y firme que aguilaba la sotana, y en toda su persona un no sé qué de varonil, digámoslo así, de militar, todo me llenaba de sorpresa. Algunos—bien sabido es que con frecuencia prestan grandes servicios á la Francia, en sus misiones lejanas—estaban condecorados como militares.

A veces, delante de un palacio amueblado con apariencia clerical, que las invasoras construcciones del Bon Marché han hecho desaparecer ha ya mucho tiempo, veía salir de su coche á un anciano Obispo, con la presilla verde y oro alrededor del sombrero romano y la cruz pastoral que brillaba por entre una plateada barba de patriarca. Y las buenas gentes del barrio pronunciaban respetuosamente el nombre del Prelado exótico y el de su diócesis, allá entre los negros, en la triste África, o entre la raza amarilla, en el fondo de la pavorosa Asia.

A la vista de estos sacerdote viajeros, yo, que entonces era escolar, pensaba en los vastos mares y en los países misteriosos indicados en el atlas, imaginaba largas travesías, terribles naufragios en islas desconocidas, aventuras extraordinarias entre salvajes armados con su maza y adornados con su diadema de plumas como volantes de raqueta.

Los buenos Padres no se lo imaginan; mas es la verdad que me han hecho vivir con la imaginación, á la edad de doce años, veinte existencias semejantes á la de Robinson Crusoe ó del Capitán Cook.

He visto muy de cerca á estos sacerdotes que por mucho tiempo se me aparecieron bañados en la poesía de los recuerdos de mi infancia, en una de las horas más solemnes de su vida religiosa, pues uno de sus discípulos, el excelente joven de quien hace poco hablaba, me hizo asistir á la conmovedora ceremonia de la partida de unos misioneros.

No seré yo quien intente describir la escena des-

pues de Luis Veuillot y me contentaré con remitir a los lectores a las hermosas páginas que sobre el asunto se encuentran en Acá y allá. Sólo pido que se me permita hacer notar aquí mi impresión, una de las más punzantes que he experimentado mi corazón.

Estamos en el jardín despojado, bajo el brumoso cielo de Otoño. Las altas ventanas de los viejos edificios—hóteles albergues en el estilo de la Francia de otros días—parecía que miraban a los sacerdotes y a los laicos que se apresuraban, en las calles derechas y pobladas de boj, al llamamiento de una gruesa campana chinesca, de sonido bárbaro y cascado. En un ángulo del jardín se destacaba la imagen de la Virgen, radiante entre las gotas de oro de numerosos cirios.

Delante de ella, los diez que habían de partir, estaban en oración.

Veía de lejos aquellas espaldas y aquellos hombres que pronto habían de ser agobiados por tantas fatigas, y sus cuellos inclinados como ofreciéndose ya a la espada del ejecutor. Cantaban, arrodillados, las dulces letanías, y la asistencia, en pie, respondía en coro los *Ora pro nobis*. Pero, cuando invocaron a la Reina de los Apóstoles, a la Reina de los Mártires, a la Reina de los Confesores, todos cayeron de rodillas sobre las hojas secas; y sentí entonces pasar sobre la multitud y en mi corazón un estremecimiento sagrado. Si, todos nosotros experimentamos entonces por acción refleja y por simpatía hacia estos jóvenes que se consagraban a la muerte, algo de aquella angustia que oprimió a Jesús la víspera de su sacrificio, en la noche trágica, bajo los tenebrosos olivos.

Sin embargo, no había llegado aún el momento más patético de la solemnidad.

Terminadas las letanías, seguimos a los "Partientes" a la Capilla, fría y sin ornamentos. Sobria y severa fué también la palabra del Padre Superior, que en nombre de toda la Congregación les dió el adiós en este mundo—para siempre.— En términos de rara firmeza, insistió sobre este adiós, repitiendo a los viajeros que partían sin propósito de volver, que abandonaban para siempre patria y familia, y que la separación era definitiva, completa, absoluta. En los bancos y tribunas de la Iglesia estaban los parientes y amigos de los jóvenes misioneros. Pero éstos, en pie, impassibles, con los ojos bajos, los brazos cruzados sobre el pecho, con varonil energía, escuchaban sin pestañear al orador que repetía siempre la palabra adiós y les recordaba sin cesar que el sacrificio era irreplicable.

Esto era sencillo y terrible a la vez.

Cuando el Superior hubo terminado su alocución los "Partientes" fueron a colocarse en una sola línea, delante del altar. Allí estaban, llenos de fuerza y de juventud, y parecía que esperaban el sacrificio. De repente pensé en los rehenes de la Commune, en frente del pelotón de los federa-

Entonces comenzó el acto más conmovedor de la imponente ceremonia. Todos los asistentes desfilaron uno a uno por delante de los misioneros, besandoles primero los pies y después el rostro—los pies en señal de desearles buen viaje y gran cosecha de almas entre los infieles; en las dos

mejillas, como signo de ternura fraternal y de eterno adiós.

Iba yo acompañado también de un joven poeta amigo mío. Ni uno ni otro titubeamos en cumplir el rito, pues los que tienen un poco del ideal en el alma, inclinan la frente sin esfuerzo ante lo que es verdaderamente grande; y los dos teníamos los ojos inundados de lágrimas, al desprendernos de los brazos de estos paladines de Jesucristo, de estos caballeros andantes de la fe, que nos habían estrechado contra su corazón con feliz sonrisa, recomendándose á nuestras oraciones.

¡Mis oraciones! Tú me las pides hoy, querido joven, que vas á empeñarte en el servicio de Dios por promesas eternas y á quien el año próximo, si vivo aún, iré á dar el brazo á la Iglesia de las Misiones! ¡Mis oraciones! Las había olvidado hacia ya mucho tiempo y he necesitado muchos meses de enfermedad y de sufrimiento para balbucearlas de nuevo, para rechazar con disgusto todos los viejos enigmas colocados ante mi razón y para tender apasionadamente las manos hacia un Padre celestial, á cuya misteriosa voluntad quiero someterme obediente de hoy en adelante. Pero, ¡ay! á pesar de todos mis esfuerzos para llenar mi alma de humilde confianza, conozco que estoy destinado á sufrir aún mucho por la duda, y, muchas veces, tendré necesidad de repetirme la palabra inmensa que Pascal se atreve á poner en boca del mismo Dios: "No me buscarías si no me hubieras encontrado ya."

¡Mis oraciones! Yo soy quien tiene necesidad de las tuyas, intrépido y piadoso joven, de las tuyas y de las de tus amigos de las misiones extran-

teras; de estos admirables cristianos que en la imitación de la vida de Jesús, han elegido de preferencia su pasión y su muerte, y á quienes he visto—en hora inolvidable—alineados delante del altar en la actitud de las víctimas preparadas para la cruz y ofreciendo sus manos abiertas á los clavos del verdugo y su costado á la lanza del legionario.

23 de septiembre de 1897.

ca y hermosa ciudad, situada en medio de un paisaje grandioso y encantador.

Para sentir la poesía fría, sí, pero intensa, de la antigua ciudad de la Reforma, precisa encontrarse allí; por el contrario, en el corazón del Invierno, cuando el vigor de la temperatura está de acuerdo con el de las costumbres locales, y cuando sopla el cierzo, tan agrio como una controversia. El Lemán se oculta bajo la niebla, como si su azul voluptuoso temiese ofender el pudor hugonote y los esqueletos de los árboles están secos como un sermón protestante. Entonces es cuando conviene trepar por las oscuras calles de lo alto de la ciudad. Hay allí plazuelas solitarias en que se levanta un olmo despojado y seco, en lo alto de una antigua escalera de piedra; y, sin tener mucha imaginación, puede uno figurarse que va a ver aparecerse al mismo Calvino, con su ropa y su gorra negros, oprimiendo bajo su brazo descarnado una gran biblia de broches, y gruñendo, con su barba puntiaguda alguna maldición contra los libertinos y los herejes.

En este barrio sombrío se encuentra también la calle de los Granges, el arrabal de San Germán ginebrino, en donde habitan hugonotes muy ricos y devotos, que se pasan todo el año haciendo oraciones y economías.

Pasando luego a la parte moderna de la ciudad y mezclándose a la multitud activa de las calles comerciales, se encuentra en muchos semblantes el mismo carácter de áspera austeridad. Parece que las mujeres, arrebujaadas en pieles y con sus sombreros de vélo, desean ocultar su nermosura como si fuera objeto de escándalo, y en el um-

SOBRE LA NUBE

Hace algunos años, durante el mes de enero excepcionalmente brumoso, pasé una semana en Ginebra.

En el Invierno, bajo un cielo triste y sombrío, es cuando la Roma calvinista toma su verdadera fisonomía y no se la conoce habiéndola visitado rápidamente durante la Primavera como hacen los tristes.

¿Qué recuerdos conservan, en efecto? La decoración sin semejanza del lago y de las montañas, los lujosos hoteles de los muelles, los elegantes almacenes de la Coratterie, la conversación cosmopolita de los pasajeros sobre el puente del vapor de Lausana. Poco más ó menos esto es todo. El recuerdo de Calvino no tiene nada de atractivo. A pocas personas les tienta la curiosidad de investigar las huellas del terrible sectario en las callejuelas escarpadas de la antigua ciudad y bajo las bóvedas de San Pedro; así el viajero no lleva de Ginebra más que la impresión superficial de una ri-

bral de la Bolsa se ven algunos señores de grave continente, que son banqueros y hablan del curso de los valores, pero que de buen grado creería cualquiera que son doctores en exégesis, que discuten sobre la interpretación de un texto sagrado.

Perdónenme los buenos ginebrinos la inocente malicia de este bosquejo. No olvido la cordial acogida que me hicieron cuando fui á recitarles mis versos, ni las dulces simpatías que recogí entre ellos.

¿Quién, por otra parte, dejaría de estimar y de admirar la ciudad hospitalaria y estudiosa, la ciudad de inteligencia y de libertad, asilo natural de tantos proscripciones?

Pero los ciudadanos de Ginebra tendrán que venir en que el invierno es hurafío en las orillas del Lemán. Mi espeluzno y mi angustia física fueron pues excusables, en aquella mañana de enero en que comprobé al despertarme, á través de los vidrios de mi ventana la existencia de una atmósfera de desesperación y suicidio, y aquella abominable bruma que olía á hollín y que penetraba hasta los aposentos.

Súbito, el amigo que me había hospedado en su casa entró en mi alcoba y me dijo con alegría:

"¿Quereis ver el sol?"

Por lo pronto creí que mi amigo trataba de darme una broma pesada; mas no era así. Nada era más fácil. Bastaba montar en coche, hacerse conducir hasta cierta altura, flanqueando el Saleve, subir luego á pie por la montaña arriba para encontrarse sobre la niebla y contemplar el sol y el cielo azul.

Seamos justos. He aquí un placer de que no podríamos gozar en pleno invierno en Paris ni aun

en Montmartre, desde lo alto de las torres del Sagrado Corazón.

Como podeis imaginaros, acepté con júbilo la seductora proposición y media hora después estábamos instalados en un landó muy confortable, pero cuyos vidrios empañaba un vapor húmedo y opaco, aislándonos del mundo exterior.

Rodamos durante un buen rato, primero al trote, después al paso, no dándonos cuenta de la subida más que por el esfuerzo de los caballos, lo que se percibe perfectamente desde el fondo de un coche. Cuando el nuestro hizo alto, nos apeamos envueltos por una densa nube.

El frío era intenso. A diez pasos de distancia no se veía nada. Además de esto era preciso mirar al suelo para no tropezar en los carriles y en el lodo medio congelado. A derecha é izquierda los troncos de los árboles se elevaban, vagamente esfumados y como envueltos en hiebla. Aunque en aquel tiempo un peón bastante fuerte—¡ay! ya no podría decir otro tanto— la subida me pareció ruda. Mi compañero y yo sudábamos bajo la levita, jadeábamos y arrojábamos por boca y narices un triple borbotón de humo que se disipaba al momento y se confundía entre la niebla. Sin embargo, apoyados en el bastón y caminando lentamente al paso largo del alpinista adelantábamos y nos elevábamos poco á poco, á través del vapor blanco.

Por fin, la niebla se hizo menos densa, se coloreó con un ligero matiz de rosa, especie de presentimiento del sol. El fin se aproximaba. ya distinguíamos la hierba húmeda de los declives, la corteza vermicular de las encinas, el verdor de los chaparralles de hojas persistentes.

Por fin, delante de nosotros surgieron de entre la neblina las cimas de los abetos y, sobre nuestra cabeza se esparció una luz de un azul tierno y exquisito.

—era el cielo. Estábamos sobre la nube.

Podría vivir cien años—lo que no deseo y lo que por otra parte sería absurdo y escandaloso—sin olvidar la alegría, el encanto, la embriaguez que me invadieron y penetraron todo mi ser ante el maravilloso espectáculo.

Nos encontrábamos en la punta de una especie de promontorio, y por todas partes se extendía y se desarrollaba ante nuestra vista un golfo inmenso, color de leche; era la nube que acabábamos de atravesar, en cuyo fondo se destacaban Ginebra y su lago.

De este mar vaporoso surgían elevándose gritos, llamadas, ruidos de carruajes, á veces el silbido agudo de la locomotora, todos los rumores de una gran ciudad. Allí soñé con la Atlántida misteriosa y me acordé de la leyenda de la ciudad de Is, sumergida entre las olas del Merbihán, cuyas campanas creen oír sonar los marinos en peligro.

—rente á nosotros, y mirámoslo así, á la otra orilla, salía de entre las púas la cadena del Jura, enteramente blanca, mientras que á nuestra derecha el Océano lechoso se perdía en el horizonte y se mezclaba, en insensibles matices, con el pálido azul del cielo. Á veces una gaviota del Lemán surgía bruscamente del brumoso abismo, volaba durante uno ó dos minutos, á grandes aletazos, en plena luz, después se precipitaba y volvía á entrar en la nube, dando un grito agudo, como para burlarse de los habitantes de la gran ciudad, que se arras-

traban en el fondo del abismo; y nada era más fantástico que este mar blanco, de donde brotaban y en el que se hundían sin cesar los pájaros.

Sobre todas estas maravillas, un sol de invierno claro y frío se cernía triunfalmente en medio del cielo, derramando á lo lejos sobre las cimas nevadas un resplandor de malva de un tono adorable y haciendo brillar en torno nuestro, como esmaltes, las plantas mojadas.

¡Si, siempre recordaré mi delicia y mi profundo suspiro de entusiasmo, cuando, después de la penosa marcha á través de la niebla sombría y malsana, me vi de repente en presencia de esta hechicera de la naturaleza y quedé deslumbrado por tanto esplendor y tanta pureza!

¿Por qué, pues, el recuerdo, ya tan lejano, de esa sensación admirable y quizás única en mi vida, me visita hoy con tanta insistencia?

¡Ay! es que acabo de sufrir cruelmente y que aún sufro, cada día, en mi carne; es que ha llegado para mí el invierno de la vida, la vejez y sus achaques. No hace mucho esta decadencia me desesperaba y me ahogaba en tenebrosa niebla.

Felizmente la mano de un paternal y piadoso amigo estrechó entonces la mía; y ese amigo me ordenó con firme bondad que me pusiera en camino y que subiera hacia la luz.

¡Cuán feliz soy habiendo encontrado, en el fondo de mí mismo, un poco de mi alma y de mis oraciones de niño! ¡Oh! cuánta dulzura se encierra en ser humilde, en tener confianza y en obedecer! Apenas he recorrido la primera etapa y ya se disipa

la neblina de orgullo y de impureza que me ocultaba el buen camino.

Sobre la montaña no subía más que hacia el sol, encima de todo lo que vemos del cielo! ¿Qué recuerdo evocaba hace poco?

Sobre la montaña, no subía más que hacia el sol. Hoy me elevo hacia una claridad incomparablemente más deslumbradora; pues, según la bella expresión de Miguel Angel, el sol no es más que la sombra de Dios.

Octubre 28 de 1897.

VIII

RECUERDO FILIAL

Ayer, tratando de poner un poco de orden en el farrago de mi biblioteca, encontré el viejo libro en que mi madre me enseñó á leer.

Esta *Vida de San Luis*, publicado al principio de la Restauración, imperfectamente encuadernado en badana, fué dado, como premio, á mi madre, cuando iba á la escuela. Este recuerdo de mi infancia fué también testigo de la suya. Recorro las hojas, amarillentas, en las cuales comencé á deletrear— ¡con qué lentitud y esfuerzo!— las palabras que ella me señalaba con la punta de su aguja de hacer medias, y súbito me pongo á pensar que en estas mismas páginas, ha ya mucho tiempo, inclinaba su frente una niña estudiosa y que esta niña era mi madre.

¡Cosa extraña! El pensamiento de que mi madre ha sido niña, brota en mí por primera vez en mi vida sorprendiéndome por lo menos tanto como me conmueve.

Mi madre frisaba en los cuarenta años cuando

me dió á luz. En su juventud, según se me ha asegurado, había sido hermosa; pero el único retrato que de ella existe fué hecho pocos años antes de su muerte, y en las más lejanas profundidades de mi memoria, su querido rostro sólo se me representa influido por las huellas de la edad. Los que han conocido á su madre joven y hermosa, ¿experimentan una dulzura particular al recordarla así? No lo sé. Con todo, en mi opinión son privilegiados aquellos cuyas primeras miradas vieron, inclinada sobre su cuna, una frente marcada por la fatiga del vivir y á quien su madre pareció siempre una madre, *luciana*. El recuerdo que de ella guardan es, si no más querido, por lo menos más sagrado, amándose así lo que la vejez tiene de venerable y lo que la maternidad tiene de augusto.

Este viejo libraco, de que mi madre se servía para enseñarme el arte tan difícil de la lectura, este libro que ella poseía ya desde el tiempo en que concurría á la escuela, me hace, pues, pensar que mi madre ha sido una niña. Pero no puedo imaginarme sus juegos y sus trabajos de niña, así como tampoco sus ensueños de joven ó sus alegrías de esposa tiernamente amada. Sólo veo en ella á mi mamá, á mi anciana mamá.

Me parece que faltaría al cuarto mandamiento del Decálogo: "Honrarás á tu padre y á tu madre," y que se desvanecería algo del tierno respeto con que mi pensamiento envuelve la querida imagen de mi madre, si me la representara un solo instante fuera de la función maternal y sin las primeras canas y las pocas arrugas que ya tenía cuando era yo un pequeñuelo.

Se necesitaría una pluma exquisita y ligera, que

no poseo; sería preciso escoger palabras aéreas para expresar este sentimiento de piedad y celo, este escrúpulo delicado, este matiz del alma. De él puedo dar una idea sólo recordando el misterio de la fe cristiana, tan conmovedor y profundo, que circunda á la Madre de Jesús de ideal pureza.

Si, para todo aquel cuyo corazón es verdaderamente filial, su madre es inmaculada.

Por otra parte, ¿no es perfectamente natural que evoque solamente bajo los rasgos de una madre á aquella para quien nunca fué más que un niño?

Cuando murió, tenía setenta y un años y yo treinta y tres. Era, pues, un hombre,—un hombre que había vivido, trabajado, gozado, sufrido, atravesado veinte veces la llama de las pasiones, un hombre que había permanecido fiel, sin duda, á sus deberes principales, pero ¡ay! culpable de muchas faltas y sin inocencia. Ciertamente mi madre lo sabía. Había conocido mis esfuerzos para tener valor, mis debilidades para excusarlos; había tomado su parte en mis alegrías, me había consolado en mis horas de angustia. Pero sí, mujer de viril inteligencia y de juicio elevado y seguro, me hablaba como á un hombre, cuando le pedía consejo, volvía á ser para ella—¡adorable ilusión!—su niño, su pobre niño, bien así como en los pasados días en que no tenía necesidad más que de su amor.

No recuerdo solamente aquí los instantes en que desfallecía de pena y en que sólo encontraba apoyo abrazando á mi madre y enjugando sobre sus mejillas mis ojos abrasados por las lágrimas; lo mismo que en el tiempo en que me llevaba en sus brazos. No, aun en el curso ordinario de la vida, en las mil monadas de todos los días mi excelente

madre me trataba como en mis primeros años, atribuyéndome ingenuamente la imprudencia y el atolondramiento propios de la primera edad.

"Pon cuidado al bajar la escalera..... Guárdate del frío..... Segura estoy de que has olvidado el pañuelo....."

Compadezco á los que reciben con impaciencia, sin una tierna sonrisa, estas recomendaciones pueriles. Siempre me han conmovido hasta el fondo del corazón. Por otra parte, quizás más que otro cualquiera fui objeto de estos menudos cuidados; pues, en mi juventud sufrí algunas enfermedades, y era grande la inquietud de mi madre, pues no sólo la inquietaba el niño, sino el niño enfermo.

Un invierno, los médicos me enviaron al Mediodía; pero encontré á mi pobre mamá tan cambiada después de algunos meses pasados lejos de ella, que, al año siguiente, sin embargo de que aún sufría, me quedé en París, en donde viví como prisionero durante la mala estación. Mi madre, ya bastante caduca y debilitada, casi puede decirse que no abandonó un instante mi alcoba.

Seame permitido transcribir aquí una antigua décima. Nunca repaso mis antiguos versos; mas éstos han permanecido grabados en mi memoria. Me recuerdan horas dulcísimas, horas de perfecto bienestar, en la atmósfera de ternura maternal en que se deslizaba entonces mi vida.

Fscribo cerca de la lámpara. Hace buen tiempo. Nada se mueve. Pequeña, vestida de negro, en el gran sillón rojo, tranquila junto al fuego, allí está mi anciana madre. Piensa sin duda en el mal que me desterró, lejos de ella el pasado invierno, pero sin

mucho terror; pues soy prudente y permanezco en casa cuando hace viento.

Y después, teniendo en cuenta que en octubre la noche puede refrescar, ligera y sin hacer ruido, añado un leño á la chimenea llena de llamas. ¡Madre mía, bendita seas entre todas las mujeres!

Hace poco balbuceaba estos versos, hojeando el libro en que mi madre me dió á conocer las letras, buscando y besando las huellas de sus dedos. Sin embargo ¡cuántas angustias y pesares proporcionó á la admirable mujer! Y no es que dudara un solo instante de mi respeto y de mi amor, Dios mío! Pero cuando uno es joven, se arroja en la vida, impulsado por el áspero viento del deseo, olvidándose de que hay en el hogar de la familia, abandonado con frecuencia, una pobre anciana mamá,— que llena de indulgencia infinita, apenas se atreve á dirigir á su hijo ya grande un tímido reproche— pero que se alarma por los peligros que corre, que sufre viéndole perder su candor y su pureza,— ¡y que llora!

¡Ojalá esta página llegue á manos de un joven y pueda contribuir á detenerle al borde de un serio desfallecimiento!..... ¡Si supiera qué amargura es para el alma, más tarde, en la decadencia de la vida, el pensar que no ha sido uno un hombre malo, que nada tiene que reprenderse en lo esencial y que sin embargo de eso se ha hecho llorar á su madre!

Hace más de veinte años que la mía ha muerto, y siento que tenía un corazón de hijo, pues en aquel día se apagó en mí algo delicioso: desde entonces, nunca me he sentido joven.

Nunca he evocado la memoria de mi madre con tanta frecuencia como durante esta enfermedad y esta convalecencia que me han inspirado tan graves meditaciones. Balbuceando, después de tantos años, las oraciones que mi madre me enseñó en la infancia, es como mi alma ha comenzado á elevarse á Dios. En la esperanza de volver á ver á mi madre me complazco en creer en la vida eterna. ¡Oh! cómo pensaba en mi madre, el día en que, para merecer la recompensa de encontrarla en el cielo me hice la promesa de que el tiempo que me queda de vida lo llenaría con sueños más puros y con acciones mejores!

Jesús, que ha hecho triunfar á su Madre, junto á él, en su divino reino, bendecirá la plegaria de un hijo y de un cristiano.

¡Patria mística! ¡Morada de los Justos! ¡Glorioso hogar de luz y de amor! ¡Se pretende que nuestras débiles inteligencias no pueden concebir la extensión y la perfección de las felicidades, que reserva á los elegidos! Mas me parece, á mi, humilde de espíritu; á mi, pobre pecador, que he tenido el presentimiento del Paraíso, en otro tiempo, cuando era un pequeñuelo lleno de inocencia y me dormía enlazado con mis dos brazos tu cuello, santa madre mía y mi buena nodriza!

Noviembre II de 1897.

IX

PARA LA QUE ORABA

En la mayor parte de las iglesias de París, excepto en los días de fiestas solemnes, asiste poca gente á la misa mayor. Se dice muy de mañana y los parisienses se levantan tarde; dura mucho y los parisienses están muy ocupados. Y después, respecto á las mujeres, no olvidemos el gran obstáculo, el tocador. El Buen Dios es razonable; no puede exigir que la señora esté lista á las nueve de la mañana.

Por todas estas razones la asistencia es, en general, poco numerosa los domingos ordinarios, aun en las parroquias más frecuentadas. A partir de las diez y media, para las misas tardías, la multitud se comprimiría en la Iglesia. Mas, al presente, salvo un grupo bastante compacto en torno del púlpito, se ven filas enteras de sillas vacías y fácilmente podrían contenerse los fieles diseminados acá y allá.

Para los tres ó cuatro viejos fabriqueros que dormitan en el banco de la obra, para algunas docenas de devotas y de criadas, para las hermanas y sus

huerfanitos cuyas gorras redondas se dirían allá abajo, para los pobres que permanecen en pie bajo la nave, con su gorra bajo el brazo, se celebra el oficio divino con toda su pompa y el sacerdote y los dos diáconos revestidos de ricos ornamentos ejecutan delante del altar los gestos y las evoluciones hieráticas y las voces de los cantores y de los niños de coro lanzan bajo la bóveda sonora las majestuosas melopeas de la liturgia y el gran órgano se conmueve, reprendiendo, llorando, soñando, suspirando alternativamente, derramando, á inmensas oleadas, la oración y el éxtasis sobre todas estas cabezas inclinadas.

Asistía yo á la misa mayor uno de esos domingos, no hace mucho tiempo, en el mes de septiembre último. En esta época del año, el arrabal de San Germán está casi desierto. Los vecinos no han regresado aún del campo ó de los baños de mar y en las casas altas, de los cinco pisos, uno ó dos abren solamente sus postigos. Cuanto á las mansiones aristocráticas, están completamente cerradas. Los dueños cazan, están en sus castillos, en provincias; y en la puerta de los vetustos hoteles nadie toca á la argolla que una cabeza de león sostiene en sus garños de bronce.

Todas estas ausencias se dejan sentir en la misa mayor. Nadie ocupa las sillas adornadas con sus placas de cobre,—la señora Marquesa por aquí, la señora Duquesa por allí—ni los reclinatorios acolchados.

La asistencia se compone de pobres, de tenderos, de criados.

Aquel domingo la Iglesia no desplegaba menos que otros la magnificencia de sus ceremonias; pues

es, digase lo que se quiera, la gran escuela de la igualdad.

El feroz demócrata que sueña con ponerlo todo á un mismo nivel, cuando recibe á un pariente pobre no se esmera en iluminar por eso su salón, ni baja á la bodega á buscar un cesto de botellas de vino añejo. El sacerdote cristiano acoge siempre á los fieles, por humildes que sean, con todo el lujo de que dispone, tratándolos como á hermanos muy amados.

Yo estaba allí y oraba. ¡Ay! para orar bien, para orar no solamente con los labios, sino desde el fondo de mi corazón, debo hacer un esfuerzo. Tan mezquino y débil es el último resto de fe que creía haber perdido para siempre y que el sufrimiento me ha devuelto. Es como un tizón negro y casi apagado en donde quedan solamente algunas chispas y que reanimo locamente con mi soplo. En el desierto de mi alma, empedernido por una vida entera de indiferencia, me es necesario á cada paso arrancar las malas hierbas de la negación y del escepticismo. ¡Felizmente correis aún, lágrimas mías! ¡Vosotras fecundais este suelo árido y ya veo brotar en él la verde semilla de la esperanza!

Oraba pues—lo mejor que podía—cuando noté, á corta distancia de mí, una mujer arrodillada.

Con los codos en el respaldo del reclinatorio, la barba en las manos juntas y crispadas, estaba en la actitud antigua y tradicional de la adoración, y su perfil se mantenía tan inmóvil como si hubiese sido pintado. ¡No enteramente joven—más de treinta años—sin hermosura—mas cuánta dulzura y cuánta pureza en su delgado rostro!—era una de esas obreras de París que tienen tanto gusto y que tan bien saben

poner un poco de arte en sus más sencillos atavíos. Sus guantes eran nuevos, su traje le sentaba muy bien, las cintas del sombrero estaban graciosamente arrugadas. Nada de coquetería, sin embargo. La elegancia instintiva de mi vecina—por otra parte obtenida con tan poco gasto—iba acompañada de modestia y de perfecta decencia. Se adivinaba que la pobre mujer se había vestido lo mejor que podía únicamente por cortesía hacia el Buen Dios, porque era domingo é iba á misa. ¡Oraba y con qué ardor! No hacía ningún movimiento; pero su cabeza ligeramente erguida, su mirada fija en el altar, sus labios entreabiertos como para dar libre paso al piadoso efluvio que salía de su corazón, todo en ella expresaba la exaltación del alma hacia los horizontes infinitos.

¿Qué le pedía á Dios? El pan cotidiano, á lo sumo, de ello estoy seguro. Pues no imploraba; adoraba simplemente; y su oración muda era desinteresada, como todo lo que inspira el verdadero amor.

Sin embargo, seguramente era pobre, pues no llevaba alhaja alguna, y probablemente también, muy solitaria en la vida, puesto que iba sola á la Iglesia. Una soltera ciertamente. Me la representaba tirando de la aguja todo el día en algún cuarto alto, delante de un triste horizonte de techos y de chimeneas. No bonita, habiendo pasado la edad de los sueños románticos, ya no podía esperar que un sentimiento compartido, que un feliz matrimonio viniesen á cambiar su destino. Sí, era muy bien esto. Una existencia comparable á un cuadrante solar en un país de brumas, en donde apenas hay algunas horas serenas. El pasado lleno de duelos, como

para todos nosotros; el presente empañado y mediano y la certidumbre de un monótono porvenir. Para ella debía ser un acontecimiento el renovar su ramo de boj bendito; el domingo de Ramos.

¡Cómo oraba! ¡Y cuán feliz era orando! No podía separar mi vista de aquel débil y delineado perfil, inmóvil, petrificado, por el arrobamiento místico, ni de aquella boca entreabierta por la débil y delicada sonrisa del éxtasis.

¡Cómo oraba! No, nada pedía. Había aceptado hacía mucho tiempo su vida de miseria y de trabajo, con entera resignación. ¡No, no pedía nada de este mundo! ¡Pero con la sublime confianza y la admirable esperanza de los corazones sencillos, estaba segura de una vida mejor, de una felicidad eterna, mientras que dejaba á su alma extasiarse y sumergirse en las armonías y en los perfumes, con la penetrante música del órgano y el humo embriagador de los incensarios! ¡Fe de los humildes! ¡Último tesoro de consuelos para la lastimosa humanidad! ¡Cuán maléficos y culpables son los que te combaten y te destruyen y cuánto lo fui yo mismo, que tengo que reprenderme más de una página dictada por la ironía y por el orgullo!

Acabo precisamente de leer, con amarga tristeza, el escrito reciente de un célebre doctrinario de la anarquía. Después de una amarga sátira—siempre fácil y cien veces repetida—de la sociedad de los hombres, este teórico revolucionario nos profetiza—¡para un lejano porvenir y á precio de sangrientas convulsiones!—el advenimiento de un estado social en el cual todos recibirán equitativamente el alimento del cuerpo y del espíritu, el pan y la ciencia, y serán felices, tanto como se puede serlo,

en presencia del dolor y de la muerte! Es un ideal—relativo—á cuyo triunfo todos deberíamos contribuir sin duda.

Pero millones de hombres han vivido sin sospechar siquiera tan feliz aurora y otros millones de hombres la esperarán sin duda por mucho tiempo todavía, presa de un impaciente furor. Pues el progreso se realiza con lentitud desanimadora y no se ve distintamente en el momento histórico en que nos encontramos—aquello en que el proletario moderno es mucho menos desgraciado que el esclavo antiguo.

Mientras tanto, el número de suicidios aumenta incesantemente, gritos de desesperación resuenan por todas partes y jamás entre los hombres que piensan fué más manifiesto que en los días actuales el horror á la vida.

También muchos se refugiarán todavía á los pies de Cristo, quien al menos nos hace indulgentes hacia el dolor y nos muestra más allá de la tumba la esperanza de la verdad, de la felicidad y de la justicia. Cuanto á mí, para reconquistar la fe en toda su integridad y tal como se me dió en la cuna, me esfuerzo por volver á encontrar el candor de mi infancia y por imitarte, pobre hija del pueblo que orabas con tanto ardor en la Iglesia medio desierta, sencilla cristiana, hermana mía que me has causado envidia y me has dado el ejemplo.

Noviembre 25 de 1897.

X

NAVIDAD IMPERIAL

(1811)

En la víspera de Navidad de 1811, y desde las diez de la noche, Napoleón trabaja solo en su gabinete en el palacio de las Tullerías.

La vasta pieza está casi completamente oscura. Acá y allá, en la sombra, brillan vagamente algunos los dos cabezas de león que adornaban los brazos objetos dorados, el marco de un cuadro invisible, de un sillón, mueble antiguo y macizo. Bajo sus pantallas de metal, las velas de cera — los dos candelabros no iluminan más que la larga mesa llena de atlas y de gruesos registros encuadernados en tafete verde y sellados con la N y la corona.

Hace cerca de dos horas que el amo trabaja y que, sobre los mapas y los estados de situación de sus ejércitos, inclina su frente formidable que atraviesa una mecha negra, su frente llena de pensamientos, pesados como el mundo cuya conquista medita.

El atlas abierto presenta un mapa de Asia; y la mano del Emperador,—nerviosa, femenina, encantadora—busca lentamente con el índice, allá abajo, allá abajo, á través de la Persia, un camino hacia el Indostán.

¡Sí, las Indias! ¿Por la vía de tierra? ¿Por qué no? Puesto que su marina está vencida y destruída, el conquistador no tiene otro camino más que éste para ir, bajo las palmas de sus selvas fabulosas, seguido de sus águilas cuyo oro brilla entre el acero de las bayonetas, á herir á Inglaterra en el mismo corazón, es decir, en su imperio colonial, en su tesoro.

...a tiene la grandeza de César y de Carlomagno, quiere todavía la de Alejandro. Sueña en esto sin admirarse. Conoce ya el Oriente, allí ha dejado detrás de él una leyenda inmortal. El Nilo lo vió, un día, flaco, General de largos cabellos, montado sobre un dromedario. A orillas del Ganges, para el pesado Emperador de levita gris, será necesario el elefante de Poro. Sabe cómo se entusiasma á los pueblos y cómo se los fanatiza. Se pondrá al frente, allá abajo, de soldados de bronceado rostro, llevando el turbante de blancas muselinas; verá mezclados con su Estado Mayor rajás brillando de piedras preciosas; é interrogará sobre su destino á los monstruosos ídolos que levantan sus diez brazos por encima de la mitra de diamantes, puesto que, en otro tiempo, en Egipto, el esfinge de granito, de rostro chato, delante del cual soñaba, apoyando las manos sobre un sable curvo, no le entregó su secreto.

¡Emperador de Europa! ¡Sultán de Asia! Hé

ahí los dos únicos títulos que se grabarán sobre su mausoleo.

¡Un obstáculo: la inmensa Rusia!

Mas puesto que no ha podido fijar la voluble amistad de Alejandro, lo vencerá. Y la pequeña mano del Emperador hojea ávidamente los gruesos volúmenes verdes, las listas que le dicen, con el error de un hombre poco más ó menos, el efectivo del enorme ejército que ya se reúne hacia el Niemen. Sí, vencerá al autócrata del Norte y arrastrará al Czar vasallo, seguido de sus hordas de jinetes salvajes, á la conquista del Oriente.

¡Emperador de Europa! ¡Sultán de Asia! La obra no es superior á su deseo y á su genio. Y una vez fundado, su prodigioso imperio no correrá el peligro de ser un día dividido entre sus Generales, como el del macedonio. Desde el veinte de marzo Napoleón tiene un hijo, un heredero de su gloria y de su poder; y los labios del Emperador se abren en una bella sonrisa al pensar en el niño que duerme tan cerca de él, en el palacio silencioso.

Mas, derrepente, levanta la cabeza con un movimiento de sorpresa. En el gabinete tan bien cerrado y cuyas espesas cortinas están bajas, ¿de dónde viene este extraño y profundo murmullo? Tal parece que las grandes abejas de oro, bordadas en la seda de las colgaduras, se ponen todas á zumbar. El Emperador escucha con más atención y hé aquí que, en este rumor, distingue vibraciones de bronce.

“¡Ah! sí... Navidad... La misa de medianoche.”

Son, en efecto, las campanas de todas las Iglesias de París que celebran el nacimiento de Jesús—

estas campanas que Bonáparte restableció en otro tiempo en las torres y en los campanarios cuando, Cónsul pacificador, reconciliaba en Francia tantos hermanos enemigos.

¡Cuántas veces resonaron en honor suyo al entonarse los gloriosos *Te Deum!* ¡Y cómo se las lanzaba, unas veces más á vuelo, hace apenas algunos meses el día del nacimiento del Rey de Roma, fecha memorable en que el cielo, concediendo un hijo al héroe, parecía estar en inteligencia con él, reconocer la legitimidad de su obra y prometerle su duración!

Sin embargo, en esta velada, tan alegres, tan triunfales como por Austerlitz ó por Wagram, suenan, en la noche fría y clara, por el humilde niño, por el hijo del carpintero nacido sobre la paja de un establo, hace ya mucho tiempo, mientras que voces misteriosas clamaban en los espacios del firmamento estrellado: "¡Gloria á Dios y paz sobre la tierra!"

El Emperador escucha las campanas de Navidad. Sueña, se acuerda de su infancia oscura y montañesa, de la misa de medianoche de su tío el arcediaco en la Catedral de Ajaccio, de la vuelta de la numerosa familia á la antigua morada, testigo de tanta pobreza sufrida con valor y de la belleza de matrona de su madre, presidiendo la frugal cena de Nochebuena, en que se comían castañas. Su hijo, el hijo del Emperador victorioso y de la archiduquesa de Austria, no conocerá estas miserias, será dueño del mundo.

Fuera, en la noche glacial, las campanas siguen sonando por Noel.

A la puerta de las Tullerías el veterano con su gorra de pelo que marcha á grande y ligeros pasos

delante de su garita, para calentarse los pies, se acuerda quizás en este momento de una oración ó de un cántico que en otro tiempo aprendió de memoria, en la aldea, sobre las rodillas de su madre, y sonríe con ternura bajo el rudo mostacho al pensamiento del Niño Jesús en su pesebre.

El Emperador no oye el piadoso llamamiento de las campanas; sólo piensa en su hijo y, súbito, se apodera de él un irresistible deseo de verlo.

Se levanta, da unas palmadas. Luego se abre una puerta oculta en la tapicería. Aparece Roustán. A una señal del amo toma uno de los candelabros; y el Emperador, alumbrado por el fiel mameuco, á través de los corredores desiertos, va derecho al aposento del pequeño rey y penetra, despide con un gesto á la nodriza y á las damas repentinamente despiertas, y permanece en pie ante la cuna del prodigioso recién nacido.

El Rey de Roma está profundamente dormido. En la blancura de la ropa y de los encajes que atraviesa el gran cordón de la Legión de honor, el gracioso rostro con los ojos cerrados, medio hundido en la almohada, y una de sus manecitas regordeta, adorable, que descansa sobre el cobertor, dos manchas de carne infantil; y, sobre este candor, sobre esta pureza, sobre esta inocencia que representa un niño en la cuna, la ancha cinta de mueré escarlata pasa como un arroyo de sangre, como el río de sangre que se va á derramar con la esperanza de que esta cabeza todavía tan débil lleve un día la má pesada de las coronas, y que esta pequeña mano, ahora delicada y linda como una flor, recoja más tarde todo un haz de cetros.

Napoleón considera á su hijo. Sueña—y jamás el orgullo humano acarició más deliciosamente un corazón—con que los grandes dignatarios de su Corte, los Generales más ilustres que los héroes de Homero, sus Ministros y sus Senadores recamados de oro se inclinan delante de esta cuna temblando de respeto, y con que los jacobinos renegados, los antiguos regicidas que ahora llevan la librea imperial, apenas se atreverían á ambicionar el favor de besar aquella mano infantil.

El Emperador sueña y, en el confuso rumor de las campanas que tocan á misa de medianoche, cree oír la marcha cadenciosa de las tropas y el rodar de los arcones, allá abajo, en los caminos helados de Alemania y de Polonia. Ebrio de ambición paterna, piensa más que nunca en el Grande Ejército y en la conquista de Rusia y de las Indias; y se promete dejar á su heredero todos los tronos del Viejo Mundo. De juguete le ha dado ya la ciudad de San Pedro; y entre sus juguetes tendrá pronto el recién nacido otras ciudades santas.

¡Emir de la Meca! ¡Rajá de Benares! ¡Ved ahí títulos dignos del Rey de Roma!

¡Ah ¿por qué las mujeres de Francia no son más recundas? ¡Por qué no tiene bajo sus órdenes, el Capitán invencible, uno ó dos millones de soldados? ¡Entonces el Universo entero, el mundo todo estaría bajo su pequeña mano!

Y sigue soñando, sordo á la voz de las campanas santas, sin un pensamiento para Aquel que reina en los cielos y que mira los más grandes imperios como hormigueros. Sueña, sin ver, en el porvenir, un inmenso ejército sepultado en las nieves

del Beresina, sin ver el último trofeo de sus águilas guadañado por la metralla inglesa con el batallón sagrado de Waterloo, sin ver, en medio del Océano la roca en que guarda para él las torturas de Prometeo, sin ver sobre todo en el parque de Schoenbrunn, bajo un cielo de Otoño, aquel pálido y triste joven, con la placa de una orden austriaca sobre su uniforme blanco, que tose caminando entre las hojas muertas.

Y mientras que Napoleón persigue su monstruosa quimera, imagina el reinado de su hijo y el de los sucesores de su hijo sobre todo el Universo, y se supone él mismo, Napoleón, convertido en el fondo de los tiempos y de la leyenda, en un mito fabuloso, un nuevo Marte, un dios solar triunfando en medio del Zodiaco de sus doce Mariscales; las campanas siguen sonando alegre, triunfal, apasionadamente, en honor del pobre niño nacido en Belém, por el pobre niño que ha conquistado el mundo hace mil novecientos años, no con sangre y con victorias, sino con la palabra de paz y de amor y que reinará sobre las almas por todos los siglos de los siglos.

Diciembre 23 de 1897.

UNIVERSIDAD
BIBLIOTECA DE NUEVO LEÓN
DE BIBLIOTECAS

del vagón, bamboleando sobre el catre de tijera del carro de ambulancias. ¿Cuánto tiempo permanecí de espaldas, en una inmovilidad dolorosa? El tercio de este año malhadado, sufriendo bajo la persistente hediondez de los antisépticos y las interminables noches de insomnio y de pesadilla.

Una hora espantosa surge sobre todas en mi memoria.

Por la ventana abierta de mi alcoba de tortura, penetra el calor pesado, pegajoso, aplastador de una mañana canicular. He tenido fiebre toda la noche, estoy agobiado. He llegado á ese grado de fatiga, de postración, en qué se renuncia á todo y en que se consiente en morir. Pero mi buena y piadosa hermana está junto á mi mirándome atentamente, haciendo un doloroso esfuerzo para sonreirme; veo temblar un poco sus dedos en la barra de hierro, al pie de mi lecho;—y sentada á mi cabecera, otra mujer, una amiga querida está inclinada sobre la mano que yo le abandono y aplica en ella con vehemencia sus labios abrasados é hinchados por las lágrimas.

No puedo recordar aquel momento sin estremecerme; en el curso de mi enfermedad fué aquél en que me sentí más desgraciado. Pues cuanto al dolor físico, es preciso resignarse, cuanto á la muerte, se la pide y se la llama en los suplicios. Pero el pensamiento de que sufriendo se hace mal á los seres amados y de quien uno es amado, y de que al desaparecer quedarán reducidos á la desesperación, es un pensamiento intolerable. Conozco bien los dos corazones que por mí sufrirían en aquel día, junto al lecho del dolor, estoy seguro de ellos;

EL MEJOR AÑO

Unas cuantas vueltas más de la aguja sobre el cuadrante de la péndola y terminará este año que he pasado casi todo entero sufriendo, en que he visto la muerte tan de cerca, al fin del cual me encuentro en un estado de inferioridad física que me anuncia la llegada definitiva de la vejez.

Detrás de los vidrios fríos de mi ventana, en que están apenas fundidos los blancos arabescos que en ellos tropezó la noche helada, el triste cielo de diciembre me convida á los recuerdos severos.

¡Qué año! Me imagino volver á verme en Pau, en enero pasado, después en Mandres, en el mes de junio. Dos veces me tiendo sobre la mesa de operación, rodeado de los practicantes con su delantal blanco, cuyo rostro se pone bruscamente serio; aspiro el repugnante olor de manzana del cloroformo, y oigo en mi cerebro, antes de perder el conocimiento, un ruido de martillos lejanos. Dos veces me conducen á mi morada parisienne, cual masa inerte, sacudida por la trepidación

y, considerándome entonces como perdido, me preguntaba presa de la angustia qué iba á ser de estos corazones que no latían más que para mí; y, no obstante mi postración, trataba de encontrar, para esas dos pobres mujeres, algunas dulces palabras que las habituasen un poco á la idea de mi partida, diciéndoles que después de todo si moría no era culpa mía y casi les pedía perdón.

Si, fué cruel para mí este año de 1879. ¿No es, me pregunto, el peor de toda mi vida?

No, Dios mío. ¡Es el mejor!

Porque uno de vuestros sacerdotes ha venido, me ha mostrado simplemente vuestra cruz, me ha recordado vuestra sublime enseñanza; que el dolor es inevitable; que, si es preciso consolar el dolor de los otros lo mejor que se pueda, debe cada cual aceptar sin queja el suyo; y desde entonces, fortificado por vuestra gracia y por vuestro ejemplo, he sufrido mis penas, no solamente con valor, sino con una especie de satisfacción íntima, acordándome de que había sido lo que se llama un hombre feliz; que había gozado mucho más y sufrido mucho menos que tantos otros, encontrando justo que el equilibrio pudiera restablecerme, y, descartado todo peligro inmediato, dándoos gracias por haberme concedido este plazo más resignado de antemano á todos los males que me están reservados, feliz con la idea de no poder ofrecer personalmente un testimonio de la injusticia de la naturaleza y de la desigual repartición de los bienes de este mundo, puesto que habré sufrido y alentado por la esperanza de no llegar á la muerte sino después de haber experimentado toda mi parte de desgracia.

He aquí sentimientos que extrañarán á muchos de

mis contemporáneos; pues por dondequiera no se oyen más que voces que claman por la felicidad y de todos lados llega á mí este grito:

“¡La vida! Pedimos para todos el derecho á la vida, á toda la vida. Reclamamos la vida integral, con todos sus goces y con todos sus placeres, la dilatación completa del individuo,” etc.

Lejos de mí la idea de desalentar los esfuerzos de los que quieren hacer las condiciones de la existencia tolerables á todos los que sueñan en disminuir, si no destruir la miseria y la ignorancia. Pero, ¿puede pronunciarse de buena fe esta palabra, que parece una ironía á cualquiera que no es un niño, “la alegría de vivir”?

¿En dónde la buscamos, en efecto? ¿En los sentidos? Pero cada deleite, inmediatamente castigado por la tristeza de la carne hastiada, es un paso huir, si no en destruir la miseria y la ignorancia. Pero la ciencia es también engañosa y puede compararse á una infranqueable cadena de montañas, en donde el viajero, de lo alto de cada pico á donde ha trepado penosamente, ve ahondarse á sus pies más profundos abismos y dibujarse delante de él cimas más inaccesibles.

En la vida—dura para muchos, mediana para los más y sólo para algunos privilegiados sembrada de algunos días hermosos—no hay verdaderamente más que una felicidad y una alegría: amar. Pero es tal la debilidad de la naturaleza humana, que no amamos, es decir, que no hacemos á otro el don de nosotros mismos, sino con el deseo de un don recíproco. Ahora bien, nada es más raro que un sentimiento completamente asociado, y el que ama hasta la abnegación, hasta el sacrificio, no encuentra

las más de las veces otra cosa que la indiferencia, y tal vez la ingratitud y la traición, de suerte que el sentimiento que nos inspira nuestras mejores esperanzas es también casi siempre el origen de nuestras peores decepciones y de nuestros más amargos pesares.

¿Qué hacer, pues?

Para esto—como para el sufrimiento—ha encontrado el Cristianismo la solución. Ciertamente él nos ordena amar. Digo más. Es la más grande y la mejor escuela de la fraternidad que el mundo haya conocido, puesto que quiere que amemos á nuestro prójimo como á nosotros mismos.—Entendédlo bien, como á nosotros mismos.—Pero pretende que amemos sin exigir reciprocidad, con desinterés completo, en fin—como dice el pueblo en su lenguaje ingenuo y profundo—que amemos por el amor de Dios.

¡Saber sufrir! ¡Saber amar! He aquí el precioso secreto que descubri en el Evangelio durante mi enfermedad; y he aquí por qué, en esta velada de diciembre, diciendo adiós al año que se va y que me deja todavía muy débil y sujeto á penosos cuidados, proclamo altamente que me fué más propicio y bienhechor que todos los otros años de mi vida.

¡Ah! si los desgraciados supieran sufrir mejor y si los felices supieran amar mejor, qué aurora de paz y de bondad luciría para el mundo! los que no creen en los milagros deben al menos desear éste. ¿Pero es permitido esperarlo? ¿Hay que confiar en algunos presagios favorables? ¿En este suelo religioso, por ejemplo, que anima las obras recientes de algunos escritores y que encuentro hasta en las hojas sueltas de la prensa? ¿O más bien, en

la evidente inquietud de los enemigos de Dios, que parecen estar en la hora presente aterrados por las consecuencias de su obra funesta? ¡Ah! que venga el sembrador de la parábola y que arroje á manos llenas la semilla de la resignación y de la solidaridad cristianas sobre esta sociedad moderna tan lúgubre y caduca, en donde vemos, arriba tanta corrupción y sequedad de corazones y abajo tanta revuelta y desesperación!

¡Qué noble tarea—y qué gloria—sería para un joven poeta de genio manifestarse nuevo Chateaubriand como el precursor de un renacimiento de la fe. ¡Ay! ya en la decadencia de mi vida, pobre hombre que abrazo la cruz como un náufrago se ase á una tabla, no puedo hacer otra cosa más que expresar este deseo.

Considero con tristeza mi alma en jirones avergonzándome de ofrecer á Dios tan miserable presente. Pero confío en el pensamiento de que su misericordia es semejante á la ingeniosa caridad de sus admirables siervos, las Hermanitas de los Pobres que, con algunos harapos y los desperdicios de las cocinas visten y alimentan á los ancianos indigentes.

¡Bendito sea, pues, el año que se va, pues fué para mí el año de prueba, el año de la gracia en que pude recoger las ruinas de mi corazón y en que he vuelto á encender, en este vaso hecho de despojos, el grano de incienso de la oración!

Diciembre 30 de 1879.

ción. De ahí mi desconfianza contra nuestros hechiceros de levita, que no llegan siquiera con toda su magia, al resultado obtenido por un simple maquinista por medio de algunos espejos ingeniosamente dispuestos.

Como iba diciendo, cuando las bóvedas del Panteón volvieron á caer, en el silencio y la soledad, Voltaire y Rousseau—"espectros vivientes é impalpables," como decía en otro tiempo el cartel del "Secreto de Miss Aurora" surgieron delante de sus propias tumbas con el aspecto que tenían en los últimos años de su vida. Al Patriarca de Ferney se le reconocía fácilmente por su bastón, su peluca y su perfil de cascanueces y en el par de tibias con medias de seda que desempeñaban el papel de piernas.

Cuanto al ilustre ginebrino estaba vestido con traje armenio—caftán á la turca y gorro de mamamuchi—que le valieron, en las calles del viejo Paris un éxito comparable al de nuestro Diputado musulmán.

A la primera mirada los dos filósofos se reconocieron y, cosa notable, sus miradas no se cargaron de pronto de odio y de furor. Entre tantos efectos excelentes, tiene la Muerte de bueno que reconcilia á los más grandes enemigos, aun á los hombres de letgas, y que del otro lado del Cocito las gentes de la pluma dan tregua á las mezquinas querellas y á las bajas rivalidades que, durante su vida, los cubren de ridículo y con frecuencia los deshonoran.

Con una gracia completamente aristocrática el padre de *Cándida* se adelanta hacia el autor de las *Confesiones* y, sacando del bolsillo de su chaqueta bordada una tabaquera incrustada de diamantes y adornada con la miniatura del Rey de Prusia, se la



UN DIALOGO DE LOS MUERTOS

Cuando se hubieron reclavado los ataúdes y cerrado las tumbas, cuando los funcionarios, los sabios, los noticieros y los fotógrafos se retiraron, cuando, en fin, la cripta del Panteón quedó vacía, las sombras de Voltaire y de Juan Jacobo Rousseau, que habían asistido, invisibles, á la violación de sus sepulcros, se hicieron súbitamente aparentes.

Porque es uso de las sombras no tomar figura humana sino cuando se encuentran fuera de nuestra presencia, en atención á que no tienen ningún gusto por la compañía de los groseros personajes de carne y hueso como somos nosotros. Así se explica, entre paréntesis, por qué los espiritistas no hayan legado nunca —al menos que yo sepa— á conseguir evocar una sombra auténtica, un espectro por ejemplo como los que vi en otro tiempo, en el teatro del Chatelet, en un melodrama imitado del inglés. Eran, os lo aseguro, muy "horríficos" fantasmas que uno de los personajes atravesaba con su espada sin que manifestaran el menor signo de emo-

extendió á Rousseau, el cual, sin manifestar repugnancia, tomó entre sus dos dedos pulgar é índice un gran polvo de macuba y los sorbió ruidosamente.

Súbito, acordándose de lo que acababan de ver, las dos sombras expresaron en su fisonomía cada una á su manera los sentimientos que las preocupaban. Voltaire manifestó su "horrorosa sonrisa," esa célebre sonrisa esculpida por Houdou, y cantada por Alfredo de Musset,—y Rousseau, moviendo su labio inferior, hizo un gesto más misantrópico.

Mi querido Juan Jacobo, dijo entonces el viejo Aronet, es preciso convenir en que acabamos de asistir á una ridícula ceremonia.

—Ciertamente, respondió Rousseau... A un espectáculo dado para colmar de disgusto el corazón de un hombre sensible.

Y nuestros admiradores actuales, repuso Voltaire, son unos torpes. Para establecer bien que Luis XVIII... un fino letrado, si queréis, un poeta de mi escuela... Conocéis el elegante cuarteto escrito por él en el abanico de María Antonieta.....

En medio de los calores extremados,
feliz convirtiendo vuestros ocios,
quiero llamar hacia vos los céfros;
los amores vendrán por sí mismos.

Encantador, ¿no es verdad?... Para probar, pues, que Luis XVIII había permitido ultrajar nuestras cenizas, he aquí que estos mentecatos de hace poco acaban de destruir una leyenda que les era querida, de absolver de un gran pecado á la Restauración y á los Jesuitas y de desgarrar una página de Victor Hugo, nuestro vecino en este edificio... Si estoy bien al corriente de la jerga moderna, esto es lo que se puede llamar un embuste.

—¡tanto más, continuó el filósofo de Ginebra, cuanto que, en lo que se refiere al respeto de los sepulcros, nuestros discípulos tienen en su pasado, algunos recuerdos de que avergonzarse....

—Si, interrumpió Voltaire, cogiéndose la barba con aspecto reflexivo, el pillaje de la Basílica de San Dionisio, la violación de las tumbas, las osamentas de los reyes de Francia arrojadas al albañal... De Luis XIV particularmente, cuyo panegírico escribí, y de Enrique IV, en cuyo elogio compuse todo un poema, que no es, sea dicho entre nosotros, de lo mejor que he hecho.... Si, es claro que aquel día el populacho estuvo abyecto, mostró su fondo de ferocidad, sus instintos de chacal... Pero ¿suya es la culpa? ¿No sois el primero que dijísteis al pueblo que era soberano y que por consiguiente autorizásteis de antemano todas las explicaciones y todas las excusas en favor de los excesos de la canalla?

—¡Nada de reproches, Voltaire! Sois tan responsable como yo de estos horrores. Si yo perseguí una imposible quimera, si edificué en las nubes, vos fuísteis el infatigable destructor del ideal y del respeto. La opinión no se engaña cuando asocia nuestros dos nombres y nos coloca á la cabeza de los demás entre los autores de esta revolución, durante la cual, puede decirse, asistió el mundo á la explosión de la maldad humana, y cuyos resultados, en un principio admirados tan fanáticamente, parecen hoy muy contestables.... Con todo, yo no soñaba más que en la justicia, en la felicidad de todos.... ¿Podía prever que yo, el hombre constantemente enternecido hasta derramar lágrimas, el tranquilo pescador, el amigo de la naturaleza, el bebedor de le-

che, engendraría todos estos corazones de roca y todos estos bebedores de sangre y que, acordándose de que yo proclamé la legitimidad de la pena capital en nombre del pacto social, Robespierre, mi espantoso discípulo, cubriría la Francia de cadalsos? ... ¡Ah! algunas veces pienso que, el día en que escribí esta página fatal, firmé millares de sentencias de muerte.

—Compadre Juan Jacobo, dijo á su vez el macilento viejo, que ya no sonreía, sabed, si esto puede consolaros, que yo también dudo muchas veces de la excelencia de mi obra. Ella, no obstante, ofrece la imagen de mi siglo, tan ligero y tan corrompido, que pronunció por primera vez, chaneándose, palabras formidables. En verdad temo haber sido tan temerario como el discípulo del hechicero, que sabía bien la palabra para hacer salir al diablo de un alambique, pero que había olvidado la fórmula cabalística para hacerlo volver á entrar; y, el día en que vi á los sacerdotes asesinados y á una mujer pública adorada como la diosa de la razón, en plena Catedral de París me pregunté seriamente si la buena Compañía de mi tiempo había tenido razón en aplaudir con tanto entusiasmo mis éxitos de cinismo y de impiedad, y si no hubiera obrado mejor guardando para mí todas las tunantadas del **Diccionario filosófico**.

—Si, ya, repuso Juan Jacobo pudiera decirse que la Revolución pasó como una tempestad, que el cielo recobró su serenidad y que el orden y la paz han sucedido á tan horribles convulsiones. Pero no hay nada de eso. De entonces acá todas las naciones civilizadas se encuentran en un estado de turbación

permanente. Han estallado guerras españolas; se han arrojado unos contra otros ejércitos como no se habían visto desde la invasión de los Bárbaros, y, á la hora en que hablamos, la Europa entera está en camino de fundir cañones, de construir buques acorazados y de hacer el ejercicio.... ¡Ay! yo que soñaba para la humanidad el advenimiento próximo de una Edad de Oro, de un Paraíso pastoril, en donde la inocente juventud habría formado rondas cantando los aires del **Adivino de la Aldea** y en donde los ancianos, llenos de sabiduría, se dedicarían á la botánica!

—¿Qué quereis? suspiró Voltaire. Preciso es creer que las sombras no son inmortales sino para perder, á la larga, sus últimas ilusiones. Prosigamos, pues, nuestro examen de conciencia.... Decidme si os place, ¿qué pensais de las famosas conquistas de la Revolución?... ¿De la igualdad entre los ciudadanos, por ejemplo?

—... Que existe en las leyes, mas no en las costumbres; que la aristocracia del nacimiento, que daba lugar, sin duda, á graves abusos, ha sido substituida por la del dinero, que constituye una iniquidad mucho más escandalosa; y que basta dirigir una mirada sobre el mundo moderno para no esperar tan pronto el triunfo de la única aristocracia que debiera ser reconocida por todos, la del mérito y de la virtud.

—¿Y vuestra opinion sobre la sumisión de la Iglesia á la sociedad civil?

Atestiguo que de ella ha resultado el establecimiento de una especie de ateísmo oficial, lo que parecería deplorable hasta á mi Vicario Saboyano.... Estamos solos, ¿no es así? y no hay aquí conceje-

ro municipal, que si nos oyera vaciaría nuestras tumbas y tomaría la resolución, por esta vez, de sepultar nuestros restos en algún terreno vago.... Pues bien, os diré en voz baja que desde que se ha destruido, por todos los medios posibles, la fe religiosa en el pueblo francés, éste es menos moral y mucho más desgraciado.

—Quedan por examinar las ventajas de la libertad de la Prensa, dijo entonces Voltaire, y esto me corresponde á mi; pues soy, en cierto sentido, el padre del periodismo. La Prensa se parece á mi obra, que juzgo, hoy, severamente. Todo lo he dicho en ella, y sobre todo en ella me he contradicho. Se encuentra acá y allá, alguna página en que vibran la verdad y la justicia, pero en todo lo que he dicho puede recogerse también una notable colección de injurias, de mentiras y de obscenidades.

—Voltaire, amigo mío, durante toda vuestra vida habeis predicado la tolerancia.... Pues bien, sabed que el verano pasado se concedió la cruz á un alcalde que hizo dispersar por la gendarmería una procesión de niñas comulgantes.... ¿Qué decís de eso?

—Rousseau, mi camarada, siempre tuvisteis grandes presunciones de moralista y queriais decidir á las duquesas con falbalá á criar por sí mismas á sus hijos.... Pues bien, sabed que, ahora, tenemos hermosas feministas que imprimen así en crudo que la lactancia maternal debe considerarse como un resto de barbarie.... ¿Qué os parece?

En llegando á este punto los dos filósofos se miraron atentamente, y después exclamaron uno después de otro:

—¡Oh! ¡Rousseau! la Revolución que hemos preparado ¿habría hecho, por acaso, bancarrota?

—¡Oh! ¡Voltaire! la Declaración de los Derechos del Hombre, que se ha sacado de nuestras obras, sería tan sólo una justificación?

—Lo que hay de más grave, repuso el defensor de Calas, no es que nos propongamos semejantes cuestiones en este subterráneo solitario, como sombras desengañadas que somos, sino que muchas inteligencias, enamoradas de lo que llaman justicia absoluta, se las dirijan imperiosamente á sí mismas y se desesperen, y rechacen todas las soluciones mediocres y evasivas que les proponen los políticos, concluyendo justamente por la anarquía.

—¿A quién se lo decís? continuó el antiguo amante de madama de Warens. Por ello estoy muy afligido; porque en mis escritos es donde han encontrado argumentos las personas de que hablais. ¿No he lanzado yo, un día, la bella paradoja de que, estando fundada toda sociedad sobre la usurpación de unos y sobre la cobardía de los demás, toda sociedad es mala? ¡De suerte que hoy, habiendo renunciado á todas mis quimeras, tengo el pesar de ver á los anarquistas más impacientes encender la mecha de su bomba con una hoja arrancada al Contrato Social!

Voltaire y Rousseau hubieran, sin duda, continuado largo tiempo en conversación, si entonces no se hubiera dejado oír un ruido lejano de pasos en la cripta. Era uno de los violadores de tumbas que había olvidado su paraguas y que volvía á tomarlo, acompañado por el guardián. Y, como á las sombras, según dijimos al principio, no les gusta com-

prometerse con los simples mortales, los do. se evaporaron en un segundo y desaparecieron como por encantamiento.

Enero 6 de 1898.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

XIII

SAN VICENTE DE PAUL

Si, para cambiar de conversación,—pues, en verdad estamos, en este momento hartos de cosas violentas y rencorosas, y hasta nauseabundas,—si pues, como se purifica la atmósfera de una alcoba quemando azúcar, habláramos un poco de un hombre de bien. ¿Lo queréis?

El San Vicente de Paúl, que acaba de publicar M. Emmanuel de Broglie, nos proporciona la ocasión para ello.

Existen ya, bien lo sabéis, acerca de este admirable servidor de Dios y de los pobres, numerosas é importantes obras, con las cuales se pudieran adornar varios anaqueles de una biblioteca. Eso no obstante, M. Emmanuel de Broglie ha pensado que no era inútil escribir, sobre este bello asunto, una relación sencilla y corta, pero conmovedora y substancial, y ha salido airoso en la empresa. Su pequeño volumen—que se encuentra en casa del editor Victor Lecoffre,—ofrece la originalidad de que, bajo una forma muy pura y distinguida, se dirige

á todos, al público en su totalidad. Al pueblo directamente está destinada esta historia de su gran amigo.

Afirmémoslo con alegría. A pesar de todo cuanto se ha podido hacer para inspirar á la multitud el menosprecio de la religión y el odio á sus ministros, San Vicente de Paúl ha permanecido siempre popular. Las gentes de blusa permanecen fieles á este buen hombre de sotana; y el insolente pillo que acaba de imitar el gáznido del cuervo al pasar al lado de un eclesiástico se enternecerá, un instante después, si echa de ver en la delantera de un comerciante de curiosidades antiguas, el grabado en que San Vicente de Paúl está representado en una calle de París, en medio de la nieve, habiendo ya recogido un niño abandonado, en un faldón de su capa é inclinándose para recoger otro en el ángulo de una tapia.

Es muy fácil, ¡ay! extraviar el espíritu del pueblo; pero por fortuna es menos fácil corromper su corazón. ¿Por qué no es posible poner esta nueva vida de San Vicente de Paúl en manos de todos los proletarios? Aprenderían en este librito, me complazco en creerlo, á comparar las promesas jamás realizadas con que los mecén sus ambiciosos aduladores, y los beneficios sólidos y durables que deben al gran cristiano.

Estos beneficios son tan numerosos como variados, y se puede afirmar osadamente que, en materia de instituciones caritativas, no se ha creado nada nuevo desde San Vicente de Paúl.

Presentaré algunas pruebas.

Estamos con razón orgullosos de nuestra obra para la hospitalidad nocturna, obra muy reciente,

como se sabe, y añadiré, obra muy insuficientemente desarrollada, puesto que los desgraciados que no saben dónde acostarse no tienen todavía á su disposición, en el enorme París más que un corto número de refugios, y éstos siempre situados en barrios excéntricos. Pues bien, Vicente de Paúl había ya abierto, no solamente en la capital, sino en varias ciudades de provincia, asilos para los caminantes, en los cuales se les proporcionaba cena y cama, y en la mañana siguiente "dos" sueldos para continuar su camino."

No os figuréis tampoco que nuestras obras de asistencia por el trabajo datan de ayer. Cada vez que instala una de estas casas que llama "caridades," no solamente recomienda Vicente de Paúl que se separen con cuidado los pobres fuertes que pueden trabajar de los débiles que son incapaces de ello, sino que quiere además que se abran en ellas talleres en que los niños, los convalecientes y aun los hombres en buen estado de salud encuentren labor fácil y ganen su vida.

Filántropos contemporáneos, sabed y tened en cuenta que Vicente de Paúl encendió mucho más que vosotros hornos económicos. Y tú, **Petit-Manteau-Bleu**, ten entendido que no has sido el primero en distribuir ropas.

Por otra parte, no se sabe qué admirar más en las obras establecidas ó soñadas por San Vicente de Paúl, si la ardiente caridad que inspira su intento ó el genio práctico que preside á su regla.

¿Se quiere un ejemplo? Si existe un abuso escandaloso, es seguramente la explotación de la infancia, y demasiado se sabe que, en ciertas indus-

trias y en ciertos comercios, los aprendices y los jóvenes empleados, que ya prestan grandes servicios, no reciben, durante varios años, más que un salario irrisorio. El Estado, para combatir este abuso, ha fundado escuelas profesionales; pero excepción hecha de los favorecidos, los niños que á ellas asisten deben pagar una pensión.

En los talleres de San Vicente de Paúl la cuestión estaba resuelta fraternalmente. En ellos los aprendices eran mantenidos é instruidos de gracia, con la única condición de que se obligasen á instruir á su vez gratuitamente, cuando hubiesen aprendido su oficio, á los niños pobres que los reemplazaban.

Estas obras de hospitalidad y de trabajo no sobrevivieron á su fundador, y la beneficencia ha esperado doscientos años antes de volver á emprenderlas con bastante timidez y con mediano éxito. Por lo demás, eran tan sólo una débil parte de la prodigiosa empresa de este anciano de sotana raída y sombrero viejo que pasaba en medio del respeto y de las bendiciones de todos.

El "buen Señor Vicente," de aspecto tan poco prestigioso y de costumbres tan rústicas, fué, en efecto, durante más de la mitad de su larga existencia—murió á los ochenta y cuatro años de su edad—algo así como el ministro omnipotente de la caridad en Francia. Gastaba millones, construía edificios imponentes, tales como el Hospicio de París y los Incurables. Mandaba falanges de sacerdotes y de religiosos. Estaba presente, ya en persona, ya por el pensamiento, en dondequiera que se corría á los pobres, en donde se recogían huérfanos ó recién nacidos abandonados, en donde se cuidaba

á los enfermos, en donde se instruía á los niños, en donde se consolaba á los encarcelados, en donde se cuidaba de los locos, en una palabra; estaba presente doquiera se hacía el bien.

Había alistado en su ejército de la beneficencia, no solamente á la reina, á los grandes, á toda la Corte, sino también á las gentes de los arrabales y del campo. A los unos les pedía dinero, á los otros su buena voluntad. Un día, para ayudar á sus Damas de Caridad en sus visitas á los desgraciados, comprometía á algunas jóvenes de los campos, á algunas sirvientes de corazón cristiano, y partía de allí para instituir la santa y admirable familia de las Hermanas Grises, que hoy están, en número de veinte mil, esparcidas por todo el mundo.

Su acción extendiase sobre todo el reino. Al primer llamamiento, tomaba su vieja capa de viaje, para ir á una provincia lejana á predicar una misión á los campesinos ó para visitar una prisión. ¿Estallaba la guerra esparciendo el luto y la miseria? El era el que encontraba y distribuía los socorros y esta prodigiosa labor de caridad no bastaba á su celo. Estaba á la cabeza del renacimiento religioso que ilustró al siglo diez y siete. Fundaba, con M. Ollier, la obra de los Seminarios, y sólo, la de las Misiones, enviando sus Lazaristas por toda la Francia y hasta á Berbería, como se decía entonces, entre los infieles, para llevarles la palabra de Dios.

Todo esto con buen humor y una modestia y una sencillez deliciosas.

Este director de tantas obras y de tantas almas, este jefe agobiado por tantos cuidados y tantas ocupaciones, este gran personaje, en suma, á quien

consultaban los reyes y los primeros ministros, jamás olvidó que el deber más noble del sacerdote es el de servir á los pobres y tocar con sus propias manos estos "miembros sufridos de Jesucristo;" acordóse también siempre de que una de las virtudes más conmovedoras del cristiano es la humildad.

Despidiéndose de una familia aristocrática á la cual acababa de recomendar á sus expositos, Vicente de Paúl iba á ver, en una de las horribles prisiones de entonces, á los galeotes ya encadenados, no solamente para exhortarlos á la resignación, sino también para consolarlos en sus sufrimientos físicos, llevando su bondad hasta el punto de quitarles los asquerosos insectos de que estaban cubiertos. Y, en su casa de San Lázaro, en donde acomodaba á los sacerdotes retirados, se le vió, tal vez la mañana misma del día en que debía ir al Louvre á sentarse en el consejo de la regente, limpiar los zapatos de sus huéspedes, no bastando para ello el número de sirvientes.

Sé muy bien que hemos "laicizado" todo esto y que tales actos, buenos para un santo, provocarán más sorpresa que admiración aun en los mejores de entre nosotros, cuya piedad es tibia y pasajera y cuya modestia es raramente de buena ley. No importa, nunca se repetirá demasiado que, en punto á caridad, no hay nada sólido y de buen matiz, si no es la caridad cristiana; y además, yo tenia que agradecer á M. Emmanuel de Broglie el que me haya hecho pasar unas cuantas horas tan buenas en compañía de San Vicente de Paúl; pues este hombre es con todo más interesante que la bella señora de cierta edad, que, luego que ha fundado algunas camas en los hospitales, quiere ser conde-

corada como un veterano, ó que el banquero millonario que no tiene que dar más que una orden de Bolsa para atesorar un monstruoso beneficio, y que, luego que ha dado, por prudencia, alguna limosna á los pobres, lo anuncia á son de trompeta en todos los periódicos.

Enero 13 de 1897.

XIV

LA FIESTA DE JUANA DE ARCO

Vamos, pues, á tener—¿es seguro?—una fiesta de Juana de Arco, entiendo una fiesta periódica y oficial, pues ya muchas veces la Iglesia de Francia honró el recuerdo de la heroína con pomposas y conmovedoras ceremonias.

Como no se tratará, bajo pena de intolerable ridículo, de "laicizar" á la buena lorenés, "á quien los ingleses quemaron en Ruan," las fiestas serán al mismo tiempo patrióticas y religiosas. Habrá, sin duda, por la mañana, misa solemne en Nuestra Señora; al mediodía revista militar en París; y, por la tarde—la fecha elegida es en mayo—después de haber entonado los cánticos de la Virgen, á las cuales se añadirá una bella oración para Juana, los fieles del Mes de María se dirigirán hacia los fuegos artificiales.

Alegrémonos de este feliz acuerdo. No es frecuente la ocasión de ver á todos nuestros compatriotas vibrando á impulsos de un sentimiento unánime; y hay acaso uno más vibrante, más profun-

do que nuestra tierna veneración por Juana de Arco?

Es un culto, propiamente hablando, que hemos dedicado á la humilde aldeana de Domremy, que, arrodillada en el vergel de la casa paterna, á la sombra del campanario de la iglesia, no soñaba en otra cosa que en la "gran aflixión" que entonces se esparcía por todo el reino de Francia y prestaba atento oído á las voces misteriosas que le anunciaban que Dios la había elegido para expulsar á los invasores. Juana de Arco representa y simboliza para nosotros la inquebrantable esperanza en el triunfo definitivo de la patria; y cuanto más desgraciados somos y más entristecidos estamos en lo relativo á nuestra vida nacional, tanto más querido es para nosotros el recuerdo de Juana de Arco.

Atravesamos tiempos difíciles y sombríos. Vencidos, hace veintisiete años, después de una resistencia que fué honrosa y obstinada, pero—confesémoslo francamente—poco gloriosa, no hemos salido, como hubiera podido esperarse, mejores y más prudentes de esta prueba cruel. No solamente no hemos hecho el menor esfuerzo por reconquistar nuestras fronteras perdidas, sino que, en nuestro país disminuído y resignándose á la defensiva, no hemos sabido establecer la prosperidad, el orden y la concordia. El porvenir juzgará muy severamente—de ello estoy firmemente convencido—este cuarto de siglo de nuestra historia, en que solamente resonaron tantas palabras estériles. Pero la hora presente es particularmente siniestra; y todo francés digno de este nombre no piensa en este momento de terror, ante el espectáculo de las discordias fratricidas que nos amenazan para mañana con

un cataclismo social, en otra cosa más que en nuestros enemigos que se regocijan y en nuestra única aliada, que quizás se inquiete y pierda la confianza.

En nuestra angustia cobramos, sin embargo, un poco de valor volviendo la vista hacia el pasado, recordando que nuestro país ha conocido y experimentado dolores más grandes; y es para nosotros un consuelo ver, en el fondo de las sangrientas tinieblas del siglo quince, en una Francia agotada por cien años de invasión y de guerra, surgir esta pura y radiante doncella que blandiendo su espada deslumbró y consternó á los enemigos reuniendo nuestras dispersas y desalentadas filas y fijando en ellas la victoria. Cuando se considera el estado lamentable del reino en el momento de la aparición de Juana de Arco, y cuando se comprueba que, pocos años después, al fin del reinado de Carlos VII, los ingleses no poseían ya en Francia más que la plaza de Calais, se llena uno de admiración y rehúsa á los más pesimistas el derecho de desesperar de un país en que ha podido realizarse semejante milagro.

He pronunciado la palabra y la sostengo; pues no existe nada semejante en la historia de ningún pueblo. Acabo de leer, en Michelet, —que no es por cierto sospechoso de misticismo— la relación de esta prodigiosa aventura; y cuanto más reflexiono, más descubro en ella una intervención sobrenatural.

¡Un milagro! No ha mucho, pronunciando esta palabra, me hubiera neciamente encogido de hombros. Por la sola razón de que jamás he visto, con mis propios ojos, producirse un milagro, lo negaba todo, con menosprecio de la verdad elemental, que si hay un Dios—y jamás dudé de su existencia—

si hay un Dios Todopoderoso, Creador de las cosas visibles é invisibles, ese Dios es superior á las leyes del mundo físico, que es su obra; y á quien nada le es imposible. Al presente mi orgullo ha rendido las armas. Un día sentí sobre mi frente el soplo de la muerte y en mí se despertaron el horror á la nada y la necesidad de una vida eterna. Entonces leí el Evangelio. Lo leí como se debe leer, con sencillo y confiado corazón, y en cada página, en cada palabra del libro sublime vi resplandecer la verdad. Y creo firmemente hoy en todos esos milagros, por otra parte contados, descritos, atestiguados por los evangelistas con una seguridad y una precisión de detalles en que brilla la más evidente y la más completa sinceridad.

Si, Jesús dió oído á los sordos, vista á los ciegos, movimiento á los paráliticos, vida á los muertos. Derramó prodigamente, durante su corto paso por este mundo, estos beneficios maravillosos para probar que era el Hijo de Dios vivo y para fundar la religión que, desde hace novecientos años, da la paz del alma á todos los hombres de buena voluntad. ¡Esta fe en Jesucristo que he vuelto á encontrar,—pues mi infancia fué cristiana—quiere guardarla en mí y en adelante aumentarla sin cesar, constante y pacientemente, sin desanimarme en las horas de desfallecimiento. Pues sí, á veces vacilo y tengo miedo, como San Pedro, al caminar sobre las olas, veis, sin embargo, que os obedezco, Señor, y vos estais ahí para sostenerme!

La fiterza milagrosa que emanaba de la persona de Jesús, cuando estaba entre nosotros, la ha comunicado á sus discípulos. Puede siempre darla á sus elegidos, en una proporción menor, sin duda,

pero siempre sobrenatural; y creo reconocer el signo de este poder superior en la misión y en los actos de Juana de Arco.

Piensen de ello lo que quieran los espíritus fuertes de hospital y los filósofos de clínica, no se trata aquí de ninguna enfermedad nerviosa. Todas las palabras de Juana de Arco que nos han sido transmitidas respiran la más ardiente piedad, pero están caracterizadas también por un exquisito buen sentido, por una razón perfecta. En ella no se ve á la alucinada. Tiene apariciones, oye voces; pero "el señor San Miguel" y "la señora Santa Margarita" le hablan un lenguaje muy claro, le dan órdenes formales: que deje su país y á su familia, que vaya á encontrar al Delfin, que liberte á Orleans, que lleve al Rey á Reims y que allí lo haga consagrar. Y esta empresa, imposible, absurda,—si se considera lo que es la pobre niña,—la ejecuta con una perseverancia y un valor verdaderamente sobrehumanos.

Ciertos actos de la Doncella participan también de la naturaleza del milagro. Va derecha hacia el Rey, á quien nunca ha visto y que se confunde entre una multitud compuesta de trescientos gentiles-hombres. Manda que vayan á buscarle una espada oculta bajo un altar, en una iglesia y en un país que no conoce. Manifiesta, además, su don de profecía. No solamente predice el buen éxito de su misión, sino que después de la consagración, cuando quieren que continúe haciendo la guerra, sólo consiente en ello con repugnancia—pues sus "voces" no le han ordenado otra cosa sino que haga consagrar al Rey—y previendo desde entonces las

desgracias que la amenazan, anuncia su muerte próxima.

Su santidad, por otra parte, es, digámoslo así, contagiosa. Los Capitanes que combaten junto á ella, Dunois, Xaintrilles, la Hire, hombres sanguinarios, pícaros y libertinos, en su contacto se convierten en hombres buenos, piadosos, castos y lo mismo sucede con sus soldados.

No es, así lo espero, faltar al respeto debido á las Santas Escrituras, representárselos, á cada instante, leyendo la historia de Juana de Arco. Cuando Dios le da su terrible misión, obedece en seguida, sin titubear, como María al ángel Gabriel. Parece que ella dice también: *Ecce ancilla Domini*. En Poitiers, interrogada por los sutiles teólogos que temen no sea una hechicera, tiene respuesta para las preguntas más difíciles y peligrosas, y, como el adolescente de Nazareth en el sinedrin, confunde á los doctores. Cuando, con su bastón, expulsa á las impúdicas que siguen al ejército, reconozco el gesto de Jesús blandiendo la correhuela sobre los tratantes y mercaderes de bestias y de palomas indecorosamente instalados en el recinto del templo.

¿Cómo, sobre todo, no evocar las escenas de la Pasión, ante la cautividad, el proceso y el suplicio de Juana? Ella también fué vendida y negada: Como en la mano de Judas, el oro de Winchester sonó en la palma de la mano del señor de Ligny, que dispone de ella como de su prisionera de guerra y que, abandonándola al Duque de Borgoña, la entrega efectivamente á los ingleses; y, por una cobardía tan culpable como la de Pedro en el cuerpo de guardia del pretorio, el que vuelve la vista y aparenta no conocerla, cuando está en peligro de muerte,

es este mismo Rey Carlos á quien ha devuelto su reino.

¿La seguiremos en todas las estaciones de su calvario? ¿El Obispo de Beauvais os parece menos horroroso que Caifás?...

Pero no insistamos sobre el crimen de Ruán; pues causa vergüenza, ¡ay! á dos grandes naciones; porque si Inglaterra lo cometió con perfidia y ferocidad, el Rey de Francia fué cómplice por su ingratitud; y la espesa y negra columna de humo que se levantó el día 31 de mayo del año de 1431, desde la plaza del Mercado Viejo manchó al mismo tiempo los leopardos y las flores de lis.

¡Una fiesta de Juana de Arco! Ciertamente, aplaudimos.

En ese día, bajo un cielo primaveral, el pueblo se regocijará, pensando con orgullo que su misma sangre circuló por las venas de la pura é intrépida pastora de Domremy.

El ejército hará el saludo de armas á la estatua de la Doncella bardada de hierro, y las banderas se inclinarán ante la imagen de la joven, muerta á los diez y ocho años, que llevó con tanta valentía y plantó tan alto el estandarte libertador.

¡En cuánto á nosotros los cristianos, iremos á arrodillarnos ante la Cruz que la piadosa víctima besaba con tanto ardor en su hoguera y pediremos á Juana, virgen, santa y mártir, que ruegue á Dios por la grandeza y la gloria de la Francia!

Febrero 3. de 1898.

XV

EL MIERCOLES DE CENIZA

En el cementerio de Elseneur, Hamlet, después de haber arrojado con un gesto de repugnancia el cráneo del pobre Yorick, prosigue el curso de sus fúnebres desvarios y con la imaginación acompaña al polvo de Alejandro el Grande hasta que lo encuentra tapando la boca de una barricada.

"Hé aquí, dice á Horacio, á lo que llegamos: Alejandro murió, Alejandro fué enterrado, Alejandro se convirtió en polvo; el polvo es tierra, de la tierra sacamos la arcilla, ¿y por qué esta arcilla en que se convirtió no podría ser empleada en tajar un barril de cerveza? El imperial César, muerto y convertido en greda, tapa tal vez un agujero para preservarnos del viento. ¡Oh! decir que este puñado de tierra que tenía al mundo bajo su obediencia, remienda tal vez una pared para cerrar el paso al invierno!"

Estos pensamientos que Shakespeare atribuye al melancólico Príncipe de Dinamarca pertenecen al número de aquéllos de que es permitido acordarnos

en este primer día de Cuaresma, en que el sacerdote traza, con ceniza, una cruz en la frente de todos los fieles, dirigiendo á cada uno de ellos estas palabras: "Acuérdate, hombre, que eres polvo y que polvo volverás á ser."

¡Ceremonia de un simbolismo admirable, como todas las de la Iglesia, por otra parte! No tiene únicamente por objeto recordarnos que la vida es breve, la muerte próxima y que lo poco que quedará de nosotros, aunque hubiésemos sido famosos conquistadores ó emperadores poderosos, servirá tal vez un día para tapar la rendija de una pared ó la boca de un tonel,—verdad trivial y utilísima y de saludable meditación. Las cenizas esparcidas sobre la cabeza del cristiano tienen otra significación. Ellas le recomiendan que sea humilde, cuando piensa en el mérito que puede tener, en el lugar, por considerable que sea, que ocupa en el mundo, y aún en las buenas acciones que ha podido realizar. Le ordenan también que repare el mal cometido, ó al menos, si la falta es irremediable, sentirla amargamente, y con todas las fuerzas de su alma.

Aun prescindiendo del sentimiento religioso, aun para aquél que no espera de la tumba otra cosa más que un aniquilamiento definitivo, la humildad y el arrepentimiento son dos hermosos estados del alma. Pues, á menos de vivir como la bestia, para la sola satisfacción de sus apetitos, el hombre exige de sí mismo un progreso moral, desea ser cada vez más prudente y mejor. Siempre piensa el hombre en lograr este fin y pretenden los ancianos haber sido instruidos y perfeccionados por la experiencia. Se consuelan así—poco y mal—de su decadencia física y se felicitan del imperio que han tomado so-

bre sus pasiones, cuando, con frecuencia,—preciso es decirlo—lo que sucede es que han sido vencidos por el cansancio de su sensibilidad. En suma, en los mejores de nosotros, el amor propio — la vanidad decrecen con los años y aumenta el pesar de las malas acciones de que nos hemos hecho culpables.

Desconfiad del hombre maduro que repite sin cesar: "Puedo caminar con cabeza erguida.... nada tengo que reprocharme." Posible es que haya cumplido siempre con las leyes de la probidad y aun con las del honor, tales como la sociedad las ha establecido; pero en la intimidad de su conciencia, ó por lo menos revela con una lastimosa ignorancia de sí mismo un alma desprovista de escrúpulos, un corazón sin delicadeza y sin verdadera bondad.

Pues ninguno de nosotros tiene el derecho de levantar la frente y de proclamarse irreprochable. Ninguno de nosotros puede considerar su pasado sin descubrir en él muchas faltas para con los demás, muchas flaquezas en presencia del deber. Todos hemos cometido graves faltas, si no por perversidad, á lo menos por egoísmo, por admiración y amor de nuestra querida persona. Si todos, aun los más puros. Y precisamente á los más puros hacen sufrir más los recuerdos importunos.

Así, pues, tanto para el creyente alentado por una sublime esperanza, como para el incrédulo—entendido aquél para quien existe la vida moral—se desprende un sentido profundo de esta ceremonia de las Cenizas, que recuerda al hombre que la muerte lo amenaza sin cesar y que debe examinarse y juzgarse con frecuencia, humilde y severamente, con un espíritu de penitencia y de reparación.

La humildad es una virtud grande y elevada. Ella tan sólo es capaz de aproximar las distancias que la naturaleza y las leyes ponen entre los hombres: pues inspira á los superiores dulzura y caridad, y á los inferiores respeto y obediencia. Es la única que puede atenuar y hacer más ligeras las inevitables injusticias de la vida y de la sociedad; destruir en los fuertes el instinto de la tiranía, y en los débiles el instinto de insubordinación. ¡Pero cuán raros son los humildes de corazón! Y cuán triste es asistir, como hoy asistimos, al estéril y miserable triunfo del orgullo y de la envidia que reclaman la absurda igualdad de todos ante los gozes.

¡Ay! La igualdad absoluta sólo existe en la muerte. Y cuando leo esta palabra tan engañosa: "igualdad," al frente de todos nuestros monumentos, llevo hasta echar de menos la prudencia sombría de la Edad Media, que pintaba en las murallas un esqueleto tocando el violín, con un fémur por arco, y conduciendo al mismo abismo al Rey coronado, al Papa con su tiara, al capitán armado de todas armas, á la hermosa dama que sonreía delante de su espejo, al doctor cargado de gruesos libros, al campesino con su azada y su azadón, al obrero con su martillo al hombro, y al pobre andrajoso caminando penosamente con sus muletas.

Si, una "Danza de los muertos" moderna, una farándula macabra al gusto del día, no sería inútil y nos haría reflexionar un poco sobre algunas de nuestras quimeras y de nuestras vanidades. No tendría, mucho lo temo, el valor artístico del fresco pintado, en Basilea, por Hans Holbein, en el claustro de los dominicos; pero en desquite, podría-

mos multiplicar la filosófica imagen por medio de los carteles y de las impresiones poleocrómicas.

¿No os figurais fijada en todas las paredes de París, una composición de colores vivos, de suave dibujo, en la cual se viera la Muerte, elegante y flaca, con su cráneo calvo, sus ojos huecos, su roída nariz y sus descarnadas costillas, soplando en una tibia en guisa de flauta y conduciendo á la tumba y al eterno olvido á los representantes de la sociedad contemporánea? ¿No reconoceríais fácilmente, en esta siniestra procesión, á Rothschild — sus millonnes, á Eiffel y su torre, á un proletario leyendo el periódico que le promete, para mañana, el fin de sus miserias, á un diputado blandiendo su cheque, á un anarquista con su bomba bajo la blusa — y aun á un académico con su vestido bordado de palmas verdes, armado con su espada inofensiva y llevando bajo el brazo sus obras completas en varios tomos?

Pero hago mal en chancearme, en este día que nos invita á los pensamientos severos; y por otra parte, en lugar del espantajo un poco pueril de la Danza macabra, ¿no tenemos para recordar cuán poca cosa son la vida y la obra del hombre, esta fiesta, tan imponente en su fúnebre simplicidad, que la Iglesia celebra el miércoles de Quincuagésima?

A una de esas misas materiales celebradas en alguna iglesia de los artabales en un barrio popular, en las cuales no se encuentran más que gentes muy pobres, quisiera yo conducir para que presenciara la imposición de la ceniza, á un hombre del día, á un incrédulo, — ¡ay! casi todos lo son — un hombre en quien yo viera un amor sincero por el pueblo.

Bajo la bóveda débilmente iluminada por los cirios del altar, no encontraría sino un reducido número de personas,—pues son muy contadas, en las clases trabajadoras, aquellas personas á quienes no se les han arrebatado aún los consuelos de la oración. Algunas obreras, algunas sirvientes arrodilladas junto á su cesto, algunas ancianas, y cuatro ó cinco artesanos de aspecto campestre, recién llegados de su aldea, escuchan el oficio con el saco de herramientas á sus pies: tal sería la modesta asamblea.

El amigo de los trabajadores reconocería en éstos á los mansos, los sencillos, los "pobres de espíritu," á los preferidos de Jesús en fin, aquéllos á quienes ha prometido y reserva un lugar escogido en su reino. El espectador se conmoviera. Viendo esparcir sobre su frente este polvo que, según la palabra de Hamlet, contiene quizás un átomo de Alejandro y de César, y presenta, en alguna manera, la imagen de tantas civilizaciones destruidas, de tantos pueblos desaparecidos, y se acordaría de que la historia no es más que un prolongado grito de dolor, de que por todas partes y siempre la suerte de los débiles y de los pequeños fué apenas soportable, y que nunca han encontrado mejor consuelo en sus sufrimientos que elevando sus ojos al cielo.

En esta atmósfera religiosa, delante de estas pobres gentes orando, se diría el incrédulo, así lo supongo, que fué una locura y un crimen combatir entre los humildes la fe que los hacía amarse unos á otros y esperar en un Padre Celestial. Pensaría en el Evangelio, en ese libro único en el mundo, que ha cambiado el alma del universo y que du-

rante diez y nueve siglos ha inspirado las virtudes más puras y ha dado la paz del corazón á innumerales cristianos. ¡Y entonces—¿quién sabe?—considerando la obra prodigiosa de Aquel que habló en la montaña y que murió en la cruz, y afirmándose en que la boca de que se desprendieron tantas verdades eternas no ha podido mentir, creería en Jesucristo, hijo de Dios Omnipotente, del Dios á cuyos ojos los planetas y las estrellas son menores que los granos de este polvo distribuido por el sacerdote, del Señor eterno que, en el fondo del misterio infinito, reina sobre un polvo de mundos y sobre una ceniza de soles.

Febrero 24 de 1898.

XVI

RENACIMIENTO CRISTIANO

Es un hecho innegable que en un gran número de espíritus, hastiados del grosero realismo del mundo moderno y rebelándose al fin contra su propia razón, que no es poderosa más que para ensanchar y hacer retroceder indefinidamente los límites del misterio sin alcanzarlo ni penetrarlo jamás, ha nacido la vehemente necesidad de ideal y de fe volviendo por sí mismos y libremente á la religión de Jesús, á su sublime moral y á sus fortalecedoras prácticas.

Un amigo mío, poeta encantador cuyo cerebro está lleno de sueños metafísicos, que se formó una doctrina para él solo—una especie de budismo—según lo que he podido comprender—me confesaba recientemente su derrota filosófica.

“Sí, me decía, he pasado diez años de mi vida en persuadirme que todo era ilusión y nada, y mi sistema marchaba á maravilla.... Pero, días pasados, cuando mi nietecita estaba tan mala, me puse á implorar á un Dios bueno, á un Padre Celestial

que podría conservármela en este mundo, ó, á lo menos, devolvérmela en el otro.”

Desde hoy considero á mi amigo como un recluta asegurado y próximo para la gran familia de Cristo. Y muchísimos otros entrarán en ella. Es preciso que el ateísmo oficial se resigne á ello. Se comienza á desertar de sus escuelas de mentira, en donde nada hay para el corazón. Por fin se ve claro que están á punto de poblar la Francia de orgullosos y de desesperados, y, signos clarísimos que se notan por todas partes, nos permiten presagiar un victorioso Renacimiento de la Idea cristiana.

Es, por ejemplo, mucho más que una indicación y que un síntoma, es—abreviemos de razones—un acto de fe lo que encontráis en las palabras pronunciadas en Benzanson, hace pocos días por el señor Fernando Brunetiére. Se trata de un breve discurso dirigido á un concurso poco numeroso. Pero es imposible decir más cosas en tan pocas palabras.

Después de haber probado el trastorno de esa filosofía vulgar que se llama “la religión natural,” después de haber establecido que no se puede despojar una religión de lo sobrenatural, de su dogma y de su disciplina, después de haber recordado la verdad evidente de que lo que nos resta de virtud nos viene, por herencia ó por educación, del cristianismo, el valiente orador añadió á todas las razones filosóficas y morales que nos conducen hacia la fe una razón patriótica, haciendo observar muy justamente que, en el mundo entero, los intereses del catolicismo y de la Francia están estrechamente unidos, ó, por decir mejor, son los mismos.

Es muy de sentir que, distraídos por los escándalos en cierto modo periódicos que nos afligen, no hayamos prestado más atención á este discurso, verdadero modelo de elocuencia concisa y de sensatez. Todo indica, por otra parte, que el señor Brunetière desarrollará pronto el plan trazado en esta bella página, y nos dará, sobre el asunto, algún estudio magistral.

Pero si, en esta renovación cristiana, el señor Brunetière, por la fuerza y el método de su razonamiento, está llamado quizás á ejercer, sobre los hombres graves y estudiosos, tanta influencia como un Bonald, los espíritus ante todo enamorados del arte—son muy numerosos hoy—quedarán rodeados y penetrados por una atmósfera piadosa, después de haber leído el libro interesantísimo y profundamente sincero de J. K. Huysmans, intitulado *La Catedral*.

Si, como dice el proverbio, que tiene aquí justa aplicación, por todas partes se va á Roma, Huysmans tomó ciertamente el más largo. Hace algunos años un atractivo peligroso le hacía estudiar las misteriosas abominaciones del satanismo; y, al leer seguidamente *Allá abajo* y *En camino*, se podría creer—si no se supiera que el primero de estos dos relatos es completamente imaginario—que Durtal, es decir, Huysmans, corrió á refugiarse á la Trapa al salir de alguna misa negra. Lo que es verdad es que este incorregible desdeñoso, este hombre tan difícil de satisfacer en todas las cosas, lo mismo en materia de estilo que de cocina, llegó un día hasta el disgusto de sí mismo, al tedio. Este sentimiento, que él mismo ha expresado muchas veces con la franqueza más enérgica, debía tomar por fin, en una

conciencia escrupulosa, la forma del arrepentimiento. Todo el que se arrepiente experimenta la necesidad de ser perdonado; y sólo existe un tribunal en que la indulgencia sea infinita y la absolución perfecta, el confesonario. Durtal se arrojó, pues, en brazos de la penitencia—encontrareis en el relato *En camino*, sobre esta crisis del alma, páginas de singular y penetrante emoción—y fué en adelante un buen cristiano.

Ahora bien, en el curso de sus devociones, este cristiano, en el cual están el artista y el sabio, cayo positivamente en éxtasis ante la Catedral de Chartres. De aquí su nuevo libro, casi enteramente consagrado á la gloria de la maravillosa iglesia, ya transfigurada por los más extraordinarios caprichos de la imaginación, ya descrita con la meticulosa exactitud de un guía.

La Catedral es un libro que pasa hoy de mano en mano y yo no estoy encargado en este periódico de la crítica literaria. No me pregunto, pues, si fueron ó no equitativos los jueces que reprocharon á Huysmans ciertas palabras y ciertas comparaciones que recuerdan demasiado sus antiguas obras naturalistas, y que le censuraron por haber vaciado en su volumen todas las extravagancias de su biblioteca mística.

Sabíamos perfectamente qué artista tan particular es Huysmans, á la vez trivial y fino, que se complace en introducir una palabra áspera en un pensamiento delicado gran hojeador de libros viejos en que se descubren rarezas y extravagancias, y que nunca titubea en chocar á trueque de causar admiración. ¿No adoptaremos nunca la buena costumbre de aceptar un escritor tal como es, cuando

hayamos reconocido en él un temperamento original y un talento superior? Por otra parte, los más severos dejarán de condenar algunas excentricidades un poco fuertes que deslucen *La Catedral*, leyendo tantas cosas verdaderamente bellas que el libro contiene sobre el arte de la Edad Media, la arquitectura gótica, las vidrieras, los primitivos, la música sagrada y también tantas escenas de interior de exquisita bondad, tantos cuadros en que la pintura es excelente. Os recomiendo especialmente la misa rezada en la cripta. Es una pequeña obra maestra.

Pero demos de lado á la literatura.

Donde Huysmans me conmueve es cuando es humano; es cuando, nuevo convertido, habiendo vivido hasta la edad madura casi únicamente por los sentidos y no habiendo empleado su pensamiento más que en la penosa, pero dividida gimnástica de las letras, sufre por tener tanta dificultad en crear una vida interior; cuando deplora con acentos de punzante sinceridad el poco ardor de su piedad y la sequedad de su corazón en la oración.

Entonces recuerdo la terrible palabra: "Dios rechaza á los tibios."

Pues conozco semejantes sufrimientos, justo castigo de aquellos que sólo se han asustado tarde del vacío de su alma y buscan en ella con angustia, para recogerlos preciosamente, algunos recuerdos de esperanza y de fe. ¡Ay! desde la primera hora, nos hemos alejado de la Cruz; durante el calor del día, hemos vivido alejados de ella, y sólo hacia la tarde su sombra se alarga y nos alcanza. El instante, sin duda, es propicio, pues todo va á faltarnos. Volvemos hacia esta Cruz tutelar, la abrazamos en nuestra

angustia y tratamos de orar. Pero no hemos pasado impunemente largos años en la indiferencia de las cosas eternas y nos parece que las suaves oraciones de nuestra infancia se marchitan al pasar por nuestros labios impuros.

¡Valor, sin embargo! Habeis dicho en alguna parte, mi querido Huysmans, con el tono humorístico que os pertenece: "¡Es preciso que Dios no sea difícil de contentarse con personas como yo!" ¡Y como yo, pues! añadiré. He oído censurar esta palabra, que yo encuentro, por el contrario, conmovedora. Sin embargo, es demasiado desanimada, y es preciso no hablar así. Es no tener confianza, y todo el Evangelio protesta. Acordaos de la Samaritana, Maria Magdalena, de los obreros tardíos, del hijo pródigo, de la oveja descarriada, de la preferencia concedida al arrepentido sobre el perseverante.

Oremos, pues, sin dudar jamás de la misericordia inagotable. Por más áridas que sean nuestras oraciones, sin embargo tienen su virtud. ¿No estamos ya desembarazados de muchas bajezas y torpezas que nos atormentaban? ¿No nos sentimos menos injustos, más resignados, más humildes, y sobre todo, más caritativos?

¿Dónde he leído, días pasados, entre las frases mauciosas que se os dirigian, pero de las cuales tomo mi parte, que no había en nuestro estado de alma otra cosa más que una fatiga de viejos extenuados? Y, desde luego, ¿por qué no? No está por lo pronto tan mal querer acabar dignamente; y por mi parte, no conozco nada más indecoroso y grotesco que un viejo que quiere hacer el papel de joven. Los hombres del siglo diez y siete—á quienes sin razón tratáis con ligereza, mi querido Huys-

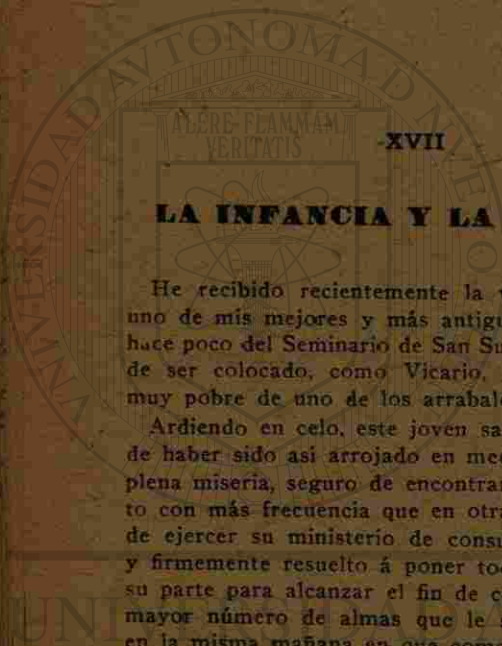
mans, pues fueron grandes cristianos—tenían la sabia costumbre, en la tarde de su vida, de retirarse del mundo, de poner, como decían, un espacio entre su vida y su muerte y de consagrar su vejez á pensar en la eternidad. No existe fin más digno. ¿No tenemos el derecho de imitarlos?

Sin embargo, creedme, hay otra cosa. Un sopio ha pasado—*Spiritus flat ubi vult*—y palabras religiosas han sido pronunciadas por labios de los cuales nadie esperaba que pudieran salir. El pobre Verlaine comenzó. Acordaos de las admirables quejas de arrepentimiento que hay en *Sabiduría*. Más tarde habeis escrito vuestros dos valientes y curiosos libros. Yo mismo, no obstante que mi obra y mi pasado nada tienen de edificante, aporto á mi vez á este esfuerzo cristiano mi débil contribución. Por otro camino, pero hacia el mismo objeto, hé aquí que el señor Brunetiére emprende el viaje; y á éste no se le tratará, según supongo, de poeta y de neurónito.

Lo pregunto á todos los espíritus sinceros. El hecho de que varios escritores laicos, completamente independientes y desinteresados, puesto que no pueden esperar inmediatamente de su acción otra cosa más que burlas é injurias, confiesen públicamente su regreso á las creencias religiosas, ¿no es un hecho muy notable, en el cual hay que ver algo más que un encuentro fortuito? ¿No es una prueba manifiesta de que, entre tantas ruinas acumuladas por la bancarrota sentimental, filosófica, política y social de este desastroso fin de siglo, la que queda en pie, semejante á estas imponentes catedrales que,

firmes sobre sus cimientos desde hace tantos siglos, atestiguan la fuerza inquebrantable del Cristianismo y la permanencia de la Iglesia.

Marzo 10 de 1898.



LA INFANCIA Y LA ORACION

He recibido recientemente la visita del hijo de uno de mis mejores y más antiguos amigos, salido hace poco del Seminario de San Sulpicio y que acaba de ser colocado, como Vicario, en una parroquia muy pobre de uno de los arrabales parisienses.

Ardiendo en celo, este joven sacerdote se felicita de haber sido así arrojado en medio del pueblo, en plena miseria, seguro de encontrar en éste su puesto con más frecuencia que en otra parte la ocasión de ejercer su ministerio de consuelo y de caridad y firmemente resuelto á poner todo lo que esté de su parte para alcanzar el fin de conducir á Dios el mayor número de almas que le sea posible; pero, en la misma mañana en que comenzó á ejercer sus funciones, ya no le fué permitido disimular la gran dificultad de su tarea. Entre otras, me ha hecho el joven sacerdote esta deplorable confesión. Sólo la tercera parte de los niños nacidos en la parroquia de que se trata han sido bautizados y una

minoría más insignificante es la que frecuenta el catecismo y recibe alguna instrucción religiosa.

No hay, pues, que hacerse ilusiones. Pronto, muy pronto, en este punto de la cristianísima Francia—como en tantos otros, ¡ay!—ya no habrá cristianos.

Los que se intitulan librepensadores—por antifrasis seguramente, pues su intolerancia es cóbre—pueden estar orgullosos de este resultado obtenido en veinte años. Porque no hay más de veinte años, si la memoria no me es infiel, que el crucifijo fué definitivamente suprimido del "material escolar," según la graciosa expresión de no sé qué grueso gorro municipal, siendo substituído,—yo al menos así lo supongo,—por el cuadro de pesas y medidas, objeto bastante superfluo, sea dicho entre nosotros, pues la mayor parte de los niños de los arrabales están destinados á conocer demasiado pronto y bien lo que es un litro.

Cuanto al catecismo, no ignorais que se ha proscrito igualmente de la escuela semejante monumento del fanatismo y de la superstición (estilo viejo,) y que se han esparcido, en lugar de este libro reaccionario, en el cual no se habla más que de virtudes que se deben practicar y de deberes que hay que cumplir, pequeños manuales en que se habla sobre todo de sus derechos á los jóvenes ciudadanos que no saben todavía ni siquiera sonarse convenientemente y algunos de los cuales llevan todavía calzones hendidos por detrás enseñando la falda de la camisa.

He hojeado, por curiosidad, algunos de estos opúsculos; en general se recomiendan por su insigne bobería.

En uno de ellos, bajo una imagen en que se representa á un buen señor pasando en su tilburi, cerca de un trabajador que aparece como que está empedrando la calle, he leído esta leyenda: "Ante el sufragió universal, el señor M., no obstante su gran fortuna, es igual al caminero."

Esta lección de cosas me ha dejado soñador, pues sé muy bien que, cuando hayan votado cada uno á su manera, el señor del tilburi continuará gozando de su gran fortuna y que el caminero romperá piedras como antes; y me pregunto si el catecismo no dice más verdad, el pobre y viejo catecismo, que desde luego considera al señor M. y al caminero como iguales ante la miterte, pero que aconseja al primero que sea caritativo, al segundo que tenga resignación, que combate en el uno el egoísmo y el orgullo, en el otro la insubordinación y la envidia, é instaura, de este modo, en el mundo un poco de felicidad y de justicia, esperando mejorar en la otra vida.

Estas reflexiones parecerán, así lo temo, completamente chocantes y escandalosas á los delegados cantonales, que practican la caza del catecismo en el pupitre de los escolares, como si se tratará de un libro obsceno, y que, siendo casi todos francmasones, que conocen "la acacia," y que han visto la "luz del tercer departamento," están, según parece, mejor instruidos que humildes cristianos acerca del misterio de la vida y del destino del alma humana. Pero, como la cólera de estos inquisidores al revés no me intimida, no veo lo que podría impedirme el denunciar los estragos que ha causado ya, en las clases populares, la enseñanza laica, llamada

neutral, más que en realidad es completamente hostil á toda idea cristiana.

Estos estragos son abominables, y la reseña que me ha dado mi amigo el joven Vicario hace temblar. Si, causa espanto el pensar que, en uno de los barrios más miserables de París, en este medio en que los beneficios de la religión serían los más necesarios, las dos terceras partes de los niños ignoran hasta el nombre de Dios y no han orado jamás.

Entre todos los espectáculos que puede ofrecer el género humano, ¿hay alguno más amable, más dulce, más tierno y conmovedor que el niño en oración? Su madre lo ha puesto de rodillas en su regazo, lo acaricia y abraza y junta sus manecitas entre las suyas. Le hace repetir una por una las palabras de la pequeña oración—si es pequenuelo, algunas palabras solamente, como por ejemplo, la sencilla exclamación: "¡Dios mío, os doy mi corazón!" y, si es un poco mayor, el admirable texto del "Padrenuestro" ó la deliciosa invocación del "Ave María."

Si es por la mañana, el niño eleva los ojos al cielo, y estas dos perezas se contemplan. ¿Es por la noche, junto á la lámpara oculta, en la alcoba tibia y tranquila? Entonces parece que, en la sombra, detrás de la blancura de las cortinas, hay un ángel inmóvil, está presente, para ir á dar testimonio al Paraíso de aquel acto de fe.

Sin duda el niño no comprende todavía las palabras sagradas que pronuncia, pero sabe que su madre es feliz oyéndoselas repetir; la mira y la ve sonreír, se siente envuelto en un abrazo más cariñoso, y junto á este corazón que late, á este seno que

palpita, en esta atmósfera, en este hogar de amor y de piedad, despiértase en él un instinto religioso. Cuanto á la dichosa madre, es el mejor de su vida aquel instante en que presenta á Dios á su hijo medio desnudo, uniendo las manecitas y graciosamente arrodillado vestido con su camisita. ¡Qué dulce! Ora con él, por él y para él. Ese sentimiento de temor respetuoso que á veces nos inspira la grandeza de la Divinidad, la madre no lo experimenta en este momento. Está llena de abandono y de confianza. Está segura de que Dios oirá los votos que le dirige una boca tan pura; no duda de que Aquel que es la fuerza infinita de la Ciencia absoluta, se conmueve ante tanta inocencia y debilidad. ¡Y después, hay una Madre allá arriba, la Santísima Virgen, que es la fuente de todas las gracias y que obtendrá lo que le pide por medio de la voz balbuciente de su hijo!

¡Si, vosotras sois agradables á Dios y tomáis un vuelo sublime hacia su gloria, oraciones de todos los cristianos! ¡Himnos litúrgicos cantados por los sacerdotes, cánticos de todas las lenguas lanzados á voz llena por la asamblea de los fieles, armoniosas tempestades de los grandes órganos que haceis estremecer la nave de las catedrales, coros de peregrinos en marcha hacia algún santuario que despertais los ecos de las montañas, piadosos gemidos de los afligidos junto á las tumbas, llantos dolorosos de las almas arrepentidas, palabras inflamadas de la religiosa ó del monje en éxtasis en su celda; si, vosotras subís hasta el trono del Todopoderoso! ¡Pero, ante todo, él es el Padre, y, en el inmenso, en el eterno rumor de las voces que lo alaban y confiesan, escucha también muy tiernamente, de

ello estoy seguro, las cándidas y casi inconscientes oraciones de los pequeñuelos, semejantes á un confuso canto de pájaros!

El hombre que, en su infancia supo orar, jamás lo olvidará. Las pasiones y las luchas de la vida, las rebeliones del espíritu y de los sentidos, pueden conducirle á la duda, á la incredulidad, hasta al peor exceso de la negación y de la blasfemia. Una huella de la fe de su primera edad queda siempre en el fondo de su corazón, como los caracteres del antiguo manuscrito sobre el pergamino de un palimpsesto. Que llegue el gran dolor, la profunda angustia—física ó moral. ¡Oh! cómo se acordará en seguida de aquella hora tan lejana en que, arrodillado en su cuna, sentía cerca de su mejilla el calor del rostro de su madre que le enseñaba el **Padrenuestro** y el **Ave María**. Y, casi siempre, sucederá que se recogerá en sí mismo, se cubrirá el rostro con las manos y arrojará este grito, salido naturalmente del fondo de su corazón: "¡Dios mío, tened piedad de mí!"

Este grito, para su alma que ha naufragado,—sé algo de ello,—es el faro que luce en las tinieblas, es el puerto, ¡es la salvación!

También yo experimento verdadera cólera contra los malhechores que, presa de una demencia inconcebible, pretenden—ellos mismos han forjado la palabra—"descristianizar" á la Francia. Ciertamente, no llegarán á conseguirlo. Es el destino de la Iglesia ser siempre militante en este mundo; sus periodos de progreso y de decadencia no son otra cosa que movimientos de flujo y de reflujo, y, en

este momento preciso, bien sentimos todos que la marea sube.

Pero, ¿hay, á la verdad, una acción más malvada que la de arrebatarse al pueblo la fe y la oración? Porque una y otra se hacen fáciles á los humildes, á los sencillos de corazón—éste es uno de sus privilegios—y encuentran en ellas, mejor que nosotros, en que retoña siempre la mala hierba del orgullo, un admirable viático para el penoso viaje de la vida. ¡Ay! á la hora presente un mal enorme ha sido realizado, mal que se agrava todos los días, y se nos preparan generaciones de desgraciados que se agitarán entre la rebelión y la desesperación.

¿Cómo no alarmarse ante semejante porvenir?
¿Cómo no indignarse, sobre todo, al pensar que los que concurren á la realización de esta obra funesta no lo hacen todos de buena fe y que tal político burgués, pronto á votar todo lo que se quiera para expulsar á Dios de la escuela, se asombraría de que su señora y su hija no tuviesen religión, como dice en su lenguaje chabacano?

¡Ojalá que el hecho que hoy le señalo—estos innumerables niños sin bautismo, sin sombra de pensamiento religioso,—haga entrar un poco á este hombre en sí mismo; y si, una tarde, en la intimidad de la familia, se sorprende enterneciéndose ante el cuadro—siempre angusto y encantador,—de su esposa haciendo aprender á su último hijo alguna oración infantil, plegue á Dios, se avergüence de su hipocresía y piense con horror que este pan del alma que concede á los suyos se lo arrebatara á los pobres!

Marzo 24 de 1898.

XVIII

CONFIDENCIA Y CONFESION

Escribiendo la primera frase de sus *Confesiones*: "Acometo una empresa que jamás tuvo ejemplo, y cuya ejecución no tendrá instalador," Juan Jacobo Rousseau se mostró—puede decirse—historiador olvidadizo y mal profeta. Pues todos saben que en la Iglesia primitiva el penitente se acusaba en alta voz delante de la asamblea de los fieles y tampoco se ignora que, desde el famoso libro del filósofo de Ginebra, una multitud de escritores no titubean en hacer públicas las más indiscretas confesiones sobre su vida privada y sobre sus íntimos sentimientos.

Apresurémonos á añadir que, de todas las revoluciones desencadenadas por el genio de Rousseau en la política y en las costumbres, ésta á lo menos ha dado algunos hermosos frutos. La literatura experimentó una renovación y este llamamiento á la sinceridad nos ha valido obras maestras. Ningún escrito es, en efecto, más interesante, más pasional, ni tiene más probabilidades de duración que aquel en que un hombre de buena fe se esfuerza por poner su alma al desnudo manifestándose tal como es.

Por otra parte, no es tan fácil salir airoso en la empresa. Entre la cabeza que se acuerda y la mano

que tiene la pluma y debe fijar el recuerdo, hay un espacio casi infranqueable en donde velan el amor propio y la vergüenza. Desconfiad de las confesiones impresas. En general, puede aplicárseles lo que ingeniosamente se ha dicho de ciertas traducciones: son "bellas infieles." El retrato del pintor hecho por él mismo sale siempre favorecido.

¿Qué valor necesitaba, por el contrario, el cristiano de los tiempos heroicos, cuando arrodillado delante de sus hermanos declaraba humildemente sus faltas y pedía perdón de ellas! Digámoslo en voz baja. Era muy hermoso. Ya no estamos en las catacumbas de Roma, y la Iglesia ha obrado sabiamente instituyendo la confesión auricular, y exigiendo del que la recibe la discreción absoluta, colocándolo al sacerdote en la sombra del confesionario.

Para todo aquel que cuida de su perfeccionamiento moral es una necesidad el examen de conciencia. No me acuerdo en qué comedia, habiendo dicho uno esta trivialidad: "Sólo voy casa de las personas que estimo," un hombre de ingenio le respondió "Si no ieráramos más que casa de las personas que estimamos, casi no iríamos en casa de nadie, y aun habría días en que no podríamos entrar ni en nuestra casa." Bajo esta ironía, hay una verdad incontestable. Cuando establecemos—y lo hacemos todos de vez en cuando—el balance de nuestra vida, descubrimos sin pena—y hablo de los menos malos de entre nosotros—muchos pensamientos, no pocas palabras y cierto número de obras, de que estamos lejos de enorgullecernos. No solamente, pensando en el poco bien que hemos hecho, podemos con frecuencia decirnos, como Tito, *Diem perdidí*, sino que recordamos también muchas palabras y acciones que nos hacen bajar lastimosamente la cabeza. Aun fuera de todo sentimiento religioso, esta contabilidad moral da excelentes resultados. El hombre que, cada día, se interroga sin debilidad á sí mismo y se juzga severamente, se hace rápidamente mejor.

Sin embargo, este examen no nos basta, y, des-

pués de haberlo hecho, es una verdadera necesidad, á lo menos para la mayor parte de entre nosotros, manifestar á alguno el estado de nuestra alma. Se ha sufrido una gran equivocación burlándose de los confidentes trágicos. En ciertas horas graves y dolorosas de la vida, nos es preciso descubrirnos francamente delante de un Arbates ó de un Therámenes. Le hablamos en vil prosa, en estilo pedestre y familiar, y no en pomposos endecasílabos ó alexandrinos, y ésta es toda la diferencia. Los más prudentes—y aún no lo son siempre obrando así—no se abren más que á un amigo cuya discreción han puesto á prueba; pero algunos no titubean en entregar sus secretos morales al primero que llega, tan arraigada está en la naturaleza humana esta necesidad.

¿Cómo es, sin embargo, que, estas confidencias no nos consuelan? ¡Ah! es que el hombre está lleno de contradicciones y que en el momento mismo en que un imperioso instinto lo impulsa á decirlo todo con entera franqueza, se siente detenido y solicitado en sentido contrario por un sentimiento de temor y de vergüenza. Es que, aun al compañero más sensible y seguro, no le mostramos la verdad sino amañada ó incompleta, teniendo cuidado de no olvidar ninguna circunstancia que nos sea ventajosa ó que pueda excusarnos. Un día, el peso de una falta nos es muy pesado. Pedimos á un afectuoso confidente que comparta un instante la carga. Nos escucha con indulgencia, nos dirige palabras de consuelo. ¿A qué bueno, si dejándolo, tenemos conciencia de haberle ocultado algo de nuestra malicia? Nos quedamos más tristes y más vergonzosos, y tenemos un remordimiento más, el de haber engañado á nuestro amigo.

Estas confesiones se parecen á las de los confesionadores de libros que, como decía hace poco, exigen la censura.

Os acordais de la bella página en que Rousseau, con los acentos del más punzante arrepentimiento, se acusa de haber atribuido en su infancia, á una criada, siendo lacayo de la señora de Verceles de

un hurto que él había cometido. Ahora bien, los enemigos del filósofo han pretendido, desde la publicación de su libro, que no se trataba de una cinta sin valor, sino de una cuchara de plata. Nada quiero creer de ello, pues el pasaje de las Confesiones vibra de dolor y de sinceridad; y, por otra parte, absolutamente hablando, la falta sería la misma. Pero, si Juan Jacobo, en su relato, reemplazó verdaderamente la cuchara por la cinta, no se vería en ello otra cosa que la tendencia común á todos los hombres de no confesar una mala acción sino con toda suerte de atenuaciones y de paliativos.

Lo repito, sucede lo mismo en casi todas las confidencias. No se dice en ellas la verdad desnuda, ni se llaman las cosas por su nombre. Será muy raro que un hombre diga en términos propios á otro hombre: "¡He faltado á la probidad!... ¡He vendido á mi amigo!..."

Aquí es donde se manifiestan la fuerza y la grandeza de la confesión cristiana.

Desgraciado que te tambaleas bajo el peso agobiador de tus malos recuerdos, acércate y depón todo respeto humano. No tienes que temer el inspirar horror ó disgusto al desconocido, al anónimo á quien vas á tomar por confidente. Por otra parte, para guardar tu secreto, sus labios están cerrados por el sello sacramental. El que te escucha en el confesionario, ni siquiera distingue tu rostro; no te verá avergonzarte. ¡Habla! ¡Confésale todas tus vergüenzas! Te responderá con indulgencia paternal, hablándote de misericordia y de perdón. Exigirá, naturalmente que repares el mal que has hecho; pero si es muy tarde, si ya no es posible, se contentará con una efusión del corazón, con un sincero arrepentimiento de parte tuya. Luego, te impondrá por único y dulce castigo que perfumes tu alma con bellas oraciones, levantará la mano hacia tu frente, pronunciará algunas palabras latinas, y te alejarás consolado absuelto, y sintiendo tu alma ligera como impulsada por alas angélicas.

Pero, para todo esto, me respondes en un grito de dolor, es preciso no dudar de la virtud del Sacramento. ¡Es preciso creer!

Viejo hijo del mundo civilizado, ¿es eso tan difícil? ¿No sientes, pues, arder en tí una sola gota de la sangre cristiana que, desde hace tantos siglos circula por las venas de tu raza? ¿No oyes siempre resonar la palabra milagrosa que curó al mundo antiguo de su corrupción y domó la ferocidad de los bárbaros? ¿No has leído, pues, ni meditado el Evangelio, el único libro en que hay una respuesta para todas las angustias del alma?

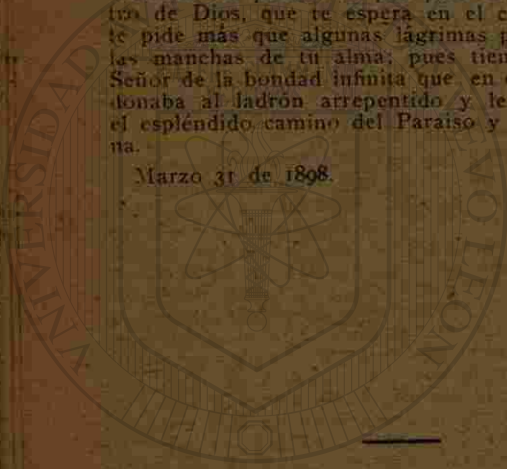
¡Pobre hombre! No escuches á los que te dicen que la fe está muerta y que la humanidad se libertó de todo su pasado, hace un siglo, es decir, ayer. Para promulgar la ley nueva—admito que sea un esfuerzo hacia lo mejor—fué necesario cubrir la Brancia de cadalsos, ensangrentar la Europa con largas guerras, sin que se haya calmado, desde entonces, el quejido de los que sufren. Jesucristo, al contrario, para hacer triunfar su pensamiento divino no ha dado más que su sangre, queriendo sufrir el suplicio de los criminales; y su obra está intacta, después de mil novecientos años, y por dondequiera encuentras hombres menos malos y menos desgraciados, por dondequiera palpita un poco de justicia y de bondad.—¡mira!—¡ves que se cierne el recuerdo que el Hombre Dios nos ha dejado de su paso por entre nosotros y que surge su sagrado patíbulo!

Lo ha sido mucho tiempo semejante á tí, ¡pobre pecador de alma turbada, hermano mío! Lo mismo que tú, sin duda, yo no era un gran culpable. Pero sólo el hipócrita fariseo tiene la audacia de decir: "¡Yo soy puro!" y José de Maestre tiene razón, aun la conciencia de un hombre de bien es algo de abominable. Como tú, me encontraba en un misero estado, y buscaba, instintivamente, un confidente ileño de clemencia y de ternura. Lo he encontrado.

Haz como yo. Abre tu Evangelio y vuelve hacia la Cruz. Despojado de todo orgullo, preséntate an-

te el tribunal fundado por Jesús, en donde tiene su asiento una misericordia que supera nuestros más sublimes sueños de justicia. Ayer todavía nos envanecíamos ante el acto de compasión de los magistrados excusando á una pobre madre por haber sustraído un pedazo de pan para su hijo. El Ministro de Dios, que te espera en el confesionario no te pide más que algunas lágrimas para lavar todas las manchas de tu alma; pues tiene su poder del Señor de la bondad infinita que en el Calvario perdonaba al ladrón arrepentido y le abría, además, el espléndido camino del Paraíso y de la vida eterna.

Marzo 31 de 1898.



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

TE
1987